

COMISIÓN DE INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA
PROVINCIA DE BUENOS AIRES
GOBERNACIÓN

150 AÑOS DE EVOLUCIÓN CIENTÍFICA ARGENTINO BRITÁNICA

POR
EMILIANO J. MAC DONAGH

PUBLICACIÓN N° 1

Biblioteca
Prof. R. Arámburu



LA PLATA

1960

150 AÑOS DE EVOLUCIÓN CIENTÍFICA ARGENTINO BRITÁNICA

EMILIANO J. MAC DONAGH

LA EVOLUCIÓN CIENTÍFICA ARGENTINO-BRITÁNICA

El presente trabajo se realiza con motivo de la 1° Exposición de la Evolución Científica Argentino-Británica, auspiciada por: Comisión de Investigación Científica de la Provincia de Buenos Aires; Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto y el Consejo Británico de Relaciones Culturales, quienes agradecen a las Autoridades Nacionales, Provinciales y Británicas, la concreción de dicha Exposición.

GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES
DOCTOR OSCAR E. ALENDE

VICEGOBERNADOR DE LA PROVINCIA Y
PRESIDENTE DEL SENADO
DOCTOR ARTURO CROSETTI

MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES Y CULTO
Doctor Diógenes Taboada

EMBAJADOR DE GRAN BRETAÑA
Sir John Guthrie War

DIRECTOR GENERAL DE RELACIONES CULTURALES
Embajador D. José Mazar Barnett

REPRESENTANTE DEL CONSEJO BRITÁNICO DE
RELACIONES CULTURALES
N. A. R. Mac Hay

PRESIDENTE DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA
Doctor Damilo Vucetich

DECANO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
NATURALES Y MUSEO DE LA PLATA
Doctor Sebastián A. Guarrera

PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN ARGENTINA DE
CULTURA INGLESA
Doctor A. del Campillo
Doctor Emiliano J. Mac Donagh

EMILIANO J. MAC DONAGH

NÓMINA DE LOS MIEMBROS DE LA COMISIÓN CIENTÍFICA

PRESIDENTE

Doctor Héctor Isnardi

VICEPRESIDENTE

Doctor Enrique Loedel Palumbo

SECRETARIO

Doctor Luis A. Bontempi

VOCALES

Doctor Roberto Mercader

Doctor Angel V. Borello

Doctor Martín Vucetich

Ing. Agr. Benno Julio Christian Schnack

SECRETARIO ADMINISTRATIVO

Prof. Mario Luis Palacios

LA EVOLUCIÓN CIENTÍFICA ARGENTINO-BRITÁNICA
PROFESOR EMILIANO J. MAC DONAGH

150 AÑOS DE EVOLUCIÓN CIENTÍFICA ARGENTINO - BRITÁNICA

Lambert



COMISION DE INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA
PROVINCIA DE BUENOS AIRES
GOBERNACIÓN

EMILIANO J. MAC DONAGH

Las ciencias tienen un dominio universal en cuanto a la materia que investigan y a los hombres de todas las naciones que las ejercitan. Por otra parte, todas las ciencias están relacionadas y el progreso de una ayuda al de la otra; más aún: hasta que ciertas ciencias no resuelven sus problemas, otras no adelantan. De esto es un excelente ejemplo una ciencia física, la óptica, que con el microscopio reveló mundos desconocidos de la biología, y que necesitó de la química y de la mineralogía para lograr ciertos tipos de lentes que, de un avance a otro, dotaron a los científicos de microscopios con un poder de resolución y de análisis colorimétrico antes inasequible.

Uno de los más autorizados tratadistas de la historia de la ciencia, H. S. Taylor, ha fijado el comienzo de la era moderna del dominio científico, en el final de la creencia en la teoría del flogisto, y en la demostración victoriosa de Lavoisier del verdadero proceso de la combustión, con sus estudios magistrales sobre el oxígeno. «Del flogisto al Ciclotrón», como dice dicho autor, serían ciento setenta y cinco años, durante los cuales la ciencia recorrió «un atestado camino real».

Otro de los creadores de la físico-química moderna, Irving Langmuir, elogiando la historia de Taylor, atribuye el mérito de ésta a que concede su verdadera importancia a las inter-relaciones de las ciencias: la física con la química, ambas sobre la biología, y lo mismo sucede con la ingeniería, la astronomía, todas bajo las matemáticas, y así siempre. El desarrollo variadísimo a que han llevado los descubrimientos atómicos (por ejemplo, su uso benéfico en la biología y la medicina, por medio de los isótopos) motivó que Bowman, en su libro póstumo, «El universo sacra-mental» (y su pensamiento es recogido y adoptado por H. S. Taylor), dijese que la

edad en que vivimos es notable por dos cosas: el triunfo creciente del hombre sobre la naturaleza en las esferas de las ciencias, tanto teóricas como aplicadas, y su trágica inhabilidad para ordenar su propia vida; cada año adelanta su conocimiento del mundo físico, pero «cada año nos trae la desconcertante inescrutabilidad de la naturaleza humana, según lo revela nuestra civilización desordenada». Una posición más optimista es la de Alexis Carrel, en cuanto que indicó los caminos para la recuperación; Carrel ocupa casi medio siglo de la historia de la biología, a la cual transformó.

Como quiera que el hombre es el coronamiento de la naturaleza, y que es un ser social por esencia, y pues la biología es la ciencia que lo engloba, en una historia de la ciencia tan particular como la que nos ocupa ahora (la relación de evolución de la ciencia en la República Argentina y en Gran Bretaña) la elección del camino es clarísima: se trata de estudiar las figuras cumbres que relacionan a ambas, a los hombres que han hecho historia con su saber. La Comisión de Investigación Científica de la Provincia de Buenos Aires y el Consejo Británico de Relaciones Culturales, con el alto auspicio del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Argentina, planearon, por medio de sus autoridades respectivas, la organización de una Primera Exposición ilustrativa del desarrollo armonioso de las ciencias en el período que corresponde a los ciento cincuenta años de existencia libre de la República Argentina. Las grandes figuras que se imponían a la consideración (aparte de una exposición explicada de los retratos de los más notorios científicos británicos de ese período o el inmediato anterior) tenían que ser, lógicamente, el gran naturalista británico Charles Darwin, quien exploró nuestro país en idas y venidas a los veinte años del pronunciamiento de mayo, y luego, en hombre de reputación universal nos citó reiteradamente en sus obras; Guillermo Enrique Hudson, nacido aquí, pero que solamente publicó en inglés, con lo cual se difundió por el inmenso mundo de aquella habla el conocimiento de nuestra naturaleza; un vecino suyo de los pagos e Quilmes, casi desconocido, como argentino, si no fuese por una referencia de Hudson, pero famoso radiólogo en Londres, gran inventor; Francisco Javier Muñiz, de quien es innecesario trazar

aquí la biografía, el primero en la historia de la paleontología argentina, el primero en descubrir la «vacuna criolla» (antivariólica, es decir, la verificación local y «natural, nativa» del descubrimiento e invento del británico Jenner; Muñiz, pues, que fue el colaborador y corresponsal («Mr. Muñiz, from Luxán...») de Charles Darwin en el estudio del ganado «Ñato», el primer caso de mutación citado en «El Origen de las Especies» y que después ha sido un clásico; su continuador natural en la paleontología lujanense, y luego toda la argentina, Florentino Ameghino (resultaría superfluo resumir en estas líneas su tan conocida biografía) el comentador fervoroso de Darwin, continuador de Owen, el gran anatomista que estudió los fósiles de los envíos de la «Beagle», Ameghino que envió al Museo Británico de Londres el cráneo de aquella ave fósil extraordinaria por su tamaño y por su anatomía, como de chuña ancestral, el Fororaco; y, para presidir en algún modo esta serie, el Dr. Francisco P. Moreno, fundador del Museo de La Plata, que trajo al que luego sería Sir Richard Lydekker para organizar la sección Paleontología, la misma en que hizo sus primeras grandes expediciones científicas Ameghino, «el Perito Moreno», de la cuestión geográfica limítrofe en la Cordillera, y que fue el brazo derecho del Comisionado geógrafo por el Árbitro, S. M. Británica, en la cuestión: es decir, el famoso Coronel Holdich, quien comprobó sobre el terreno el acierto científico de Moreno.

Para que esta Guía de la Exposición no se alargue no se han estudiado muchas otras figuras que no entran, propiamente hablando en la historia de esa evolución de las relaciones científicas: uno, el primero, porque está antes, en el tiempo, ya que pertenece al período español: Tomás Falkner, médico británico y luego misionero jesuita y explorador, cuya descripción de la Patagonia es un monumento a la historia natural y geográfica argentina. Otro, el abnegado médico del General Belgrano; el Dr. Redhead, que le acompañó desde Tucumán a Buenos Aires en el triste viaje antes de su muerte, y cuya historia patética ha sido contada por Mitre en página inolvidable: cuando el General, en la última miseria, ya moribundo, hace traer a su hermana el reloj de oro, y se lo da como recuerdo al Dr. Redhead porque nunca podrá pagarle sus servicios...

EMILIANO J. MAC DONAGH

CHARLES DARWIN EN SU VIAJE ARGENTINO

El viaje de Charles Darwin alrededor del mundo como naturalista del bergantín «Beagle» decidió su orientación en la vida, como que a su regreso abandonó el proyecto familiar de tomar las órdenes anglicanas, ya cursado su programa en la Universidad de Cambridge. Dedicóse, pues, primeramente al estudio de las colecciones y observaciones realizadas durante el viaje, orientándose ya a la meditación del problema del origen de las adaptaciones y de las especies, intuido durante el viaje y, más precisamente, al enfrentarse con nuestra naturaleza argentina.

Las fuentes para estudiar a Darwin en este período de su vida y para apreciar las proyecciones que tuvo en su futuro son conocidas: Los relatos del viaje (el Journal, y el Diary original, inédito hasta 1933), su breve autobiografía con las notas de su hijo Francis, la correspondencia (tres y dos volúmenes), otras correspondencias y estudios de familia, y las anotaciones y referencias a los materiales y a la experiencia acumulada en los viajes, que figuran en sus obras ulteriores, especialmente en «El Origen de las especies», la más rica de todas, pero aún en «La Expresión de las emociones, etc.», donde recuerda el puma y el guanaco, y por dos veces sus indios fueguinos. Hay otras informaciones sobre Darwin como persona y como naturalista, pero están dispersas y son de menor importancia frente a aquéllas. Recuérdese esto: Darwin ha publicado unas 7.000 páginas, aparte de su correspondencia.

Esas fuentes sirven para conocer al hombre Darwin y la evolución de su pensamiento a medida que adelantaba en el viaje,

sobre todo en el recorrido argentino; él mismo lo significó cuando dijo: «El viaje del «Beagle» ha sido con mucho el acontecimiento más importante de mi vida, y ha determinado toda mi carrera» («Autobiografía»). En 1926 Dorsey publicó «La evolución de Carlos Darwin», es decir, su propia transformación mental a lo largo del viaje, y en el resto de su vida, que fueron casi cincuenta años de sedentario.

Una sobrina nieta de Darwin, Lady Nora Barlow, quien diera a conocer el «Diario» (1933), ha publicado un libro (1946) donde resume la historia del «Darwin viajero», después de describir la encantadora vida familiar. Publica todas las cartas a su familia (38 en total, algunas inéditas, otras antes sólo conocidas por fragmentos), y además lo más interesante, las pequeñas libretas de viaje, de bolsillo («Note Books»), del celebrado naturalista. Éstas son anotaciones breves, a veces palabras sueltas, cuestionarios que se planteaba antes de bajar a tierra para una exploración, y, si bien ha aprovechado muchísimo en lo que luego publicó, hay muchas anotaciones, personales las más, y preguntas, que no ha usado luego, pero muy interesantes para nosotros. La Señora editora señala numerosas «raspaduras», es decir, eliminaciones, de lo anotado. Como se sabe, Darwin (o la familia) entregó estas libretas a la custodia de la «British Association» que luego permitió a Lady Barlow su edición. De las 24 libretas de bolsillo, 13 son de viajes tierra adentro (casi todas argentinas, algo brasileñas y uruguayas, pareciendo perdidas algunas australianas y neozelandesas); 2 sobre geología y otros datos sueltos; 6 son catálogos de los materiales enviados a Inglaterra, «En las páginas garabateadas y frecuentemente ilegibles no hay ninguna teoría concluida ni frases pulidas...», pero la editora buscó si había allí indicios del impacto de la naturaleza, que proujo el cambio de ideas. Esto es lo que T. S. Huxley calificó en gran parte de «Manuscrito inservible», a causa de la falta de formación básica de Darwin en biología.

Su valor es la espontaneidad, la observación directa, más aún que en las cartas. Son notas y esquemas principalmente geológicos desde la mitad hasta nueve décimas partes de sus páginas. En observaciones geológicas solamente ha reproducido Lady Barlow

los pasajes significativos de la dirección y progreso del pensamiento de Darwin. Fue ayudada por el geólogo Dr. Oakley, para la interpretación. No hay orden cronológico estricto ni continuidad en las notas; aquí se presenta, pues, algo de restauración. Dice que Darwin no era un apasionado del orden sino en cuanto al problema que investigaba. Su amor al orden era más el artístico, y para el enfoque «behaviorístico» al ave o al animal, no común en aquel entonces; pero en general su detalle está referido a su intuída teoría: «notas sobre el áve, la bestia y el insecto, están conectadas con su distribución geográfica». Trae Darwin buenos consejos sobre precauciones del coleccionista en campaña.

El no haber aprendido disección mientras estudiaba medicina en Edimburgo («y la práctica hubiera sido valiosísima para todo mi trabajo futuro», anota); esto, dice, «ha sido un mal irremediable, lo mismo que mi incapacidad para dibujar». Allí frecuentó un curioso ejemplar de hombre, un negro que había sido taxidermista para Sir Charles Waterton (ese británico notable explorador guayano de tan gran personalidad) y de él aprendió a cuerear y preparar» mamíferos y aves, enseñanza imprescindible más tarde en el viaje del «Beagle». Darwin luego le enseñó esto al muchacho violinista de a bordo, Covington, que le acompañó en las excursiones y fué un gran alivio en su tarea.

EL VIAJE EN EL «BEAGLE»

La elección de Carlos Darwin, egresado de Edimburgo y de Cambridge, para naturalista viajero y acompañante del Capitán Roberto Fitz Roy, fué motivo de largas deliberaciones, pues pri mero se pensó en Henslow el botánico, luego en Leonard Jenyns el ictiólogo, quien parece gozaba de gran concepto y luego publicó la parte de «Peces» de la Zoología del «Viaje», una contribución miliar a la ciencia; finalmente, un amigo del Capitán, y todos fallaron, hasta que se arregló con Darwin. La historia ya ha sido contada, de manera que tenemos a Darwin embarcado, y esperando dos aburridos meses a que el barco se haga al mar, coleccionando y practicando en costas y mar británicos. El 27 de diciembre de 1831 salió el «Beagle» de Devonport y, pasando por Cabo Verde, tocó en Bahía,

Río de Janeiro y Montevideo. Desde este puerto hizo varias salidas a Buenos Aires, Bahía Blanca, las Malvinas y varios puertos de la costa patagónica, Boca del Río Negro, Puerto Deseado, Santa Cruz, el Estrecho y Tierra del Fuego. En abril de 1834 una partida con botes remontó el Río Santa Cruz, hasta ver, a lo lejos, los Andes. Después de prolijas exploraciones en los canales fueguinos, el 10 de julio de 1834 entró el barco en el Pacífico, recorriendo la costa Chilena en idas y venidas: Valparaíso, San Carlos, el Archipiélago de Chonos, son visitados. Luego sigue por Iquique, Callao, las Islas Galápagos y Tahití: en este punto la «caza del sol» les ha hecho ganar a los viajeros un día sobre el calendario. Nueva Zelanda, Australia, la Tierra de Van Diemen, las islas de Cocos, la de Mauricio, el Cabo de Buena Esperanza, y Santa Elena son nuevas etapas. Y aún vuelven, pasando por Ascensión, a Bahía: el viento los lleva hasta Pernambuco, y, cuando falta poco para los cinco años de viaje, llegan a Inglaterra el 2 de octubre de 1836.

Para Darwin el viaje fué mucho más completo porque hizo frecuentes incursiones en tierra, y de ese modo visitó bastante bien nuestro país. En agosto de 1833 lo dejaron en la desembocadura del Río Negro, y desde Carmen de Patagones, cabalgó hasta el Río Colorado en cuyas riberas estaba acampado Juan Manuel de Rosas: aunque la entrevista «terminó sin una sonrisa», el viajero fué cortésmente obsequiado por el general con un pasaporte, y siguió hasta Bahía Blanca. Allí se encontró con el «Beagle» y días después reanudó su cabalgata: pasó por las Sierras de la Ventana y Tapalqué, por la «Guardia» del Monte y llegó a Buenos Aires, donde se alojó en casa de Mr. Lumb. La casa de Mister Lumb donde residió Darwin correspondía 'a la que en 1922 era la calle Bolívar Nros. 276 a 288, según la Comisión Directiva de la Asociación Argentina de Ciencias Naturales («Physis», abril 1922, n. (22), 368-9), gracias al testimonio del señor Carlos P. Lumb, hijo de aquél, quien tenía un recuerdo personal bien claro de aquella época. Su nueva salida fue por Luján, Areco (¿cuál?), Arrecifes, San Nicolás, Rosario, Coronda hasta Santa Fe. Cruza hasta la Bajada (Paraná), y, enfermo, se embarca en una balandra en la cual desciende hasta Las Conchas, de donde va a caballo a Buenos Aires. Nuevamente regresa a la República Oriental del Uruguay a la cual visitó bien en sus dos estadias: Maldonado,

Minas, en una; Canelones, Colonia, Mercedes, en otra. La enfermedad le impidió recorrer el río Uruguay.

Cuando, después del terremoto de Valdivia, llega, en marzo de 1835, a Valparaíso, decide cruzar los Andes a lomo de mula: va por el Portillo, pasa por Luján de Cuyo, hasta Mendoza, y regresa por Villavicencio, Uspallata y Puente del Inca. Sobre esta excursión escribe a su casa una carta entusiasta en la cual dice cómo, durante ella, apenas podía dormir, tal era la alegría que su trabajo del día le proporcionaba.

En un ensayo (1924) yo tracé su itinerario como digo aquí, diciendo que había ido por Montevideo, Buenos Aires, Bahía Blanca, y lo demás, lo cual contradice el trazado en los mapas de algunas ediciones del «Viaje», pero yo me basé en un documento seguro: su carta a Henslow («More Letters», t. I, pág. 13, noviembre 24, 1832), donde claramente se ocupa de esa breve visita; además del relato de Fitz Roy; y ahora disponemos de un testimonio más en el libro de Lady Barlow (: 73-74, carta a su hermana Susana). Pero que desembarcó en Buenos Aires resulta del párrafo: (Nov. 24) «Hemos estado en Buenos Aires por una semana; es una hermosa y gran ciudad, pero qué campo tan malo, todo es barro, uno no puede ir a ninguna parte ni hacer nada por causa del barro». En la carta N° 14, inédita, a su hermana Carolina, de octubre 24 a noviembre 24, el 11 de noviembre cuando va para Montevideo: «Estuvimos una semana en Buenos Aires. Mucho gocé este largo «crucero» en tierra. La ciudad es grande y hermosa, pero el campo más allá es del todo estúpido». Anuncia que en la semana siguiente vuelven a Buenos Aires. «Nos quedaremos allí por una semana. Pienso darme unos buenos galopes sobre la pampa.» Regresarán a Montevideo y luego irán a Tierra del Fuego. Por cierto que en Montevideo con su amigo Míster Hamond «nuestra principal diversión era la de andar a caballo admirando las damas españolas» (como él llama a las criollas de sociedad). Le dice a la hermana que son «ángeles deslizándose por las calles». «Les haría un gran bien a todas ustedes el venir a Buenos Aires.» Quien escribe todo esto es nada menos que Charles Darwin a los 23 años. En otras cartas está muy amargado por los facciosos y sus disturbios, aquí y en Montevideo.

La otra estada en Buenos Aires, al venir desde Bahía Blanca, es desde el 20 de setiembre: ese mismo día escribe (carta N° 17, a Carolina): «Justamente acabo de regresar de una gran expedición...» y luego: «Me he convertido en un verdadero gaucha», etc.

El viaje a Santa Fe fué realizado a caballo y con rapidez. Su descripción de una carreta de bueyes y los equipos es a propósito de una tropa a la cual se adelantaron y que iba a Mendoza. Tan es así que en Arrecifes pagó por el alquiler de los caballos el equivalente de 31 leguas y el cruce del río lo efectuaron en «una simple balsa hecha de barriles amarrados juntos», cosa que no podría realizarse en carreta. No es, pues, verdad una suposición novelada de su paso por Luján (28 de setiembre, 1833), la villa, en una pesada y lenta carreta. Más adelante dice Darwin concretamente: «Cabalgamos (*we rode*) otra etapa y cruzamos el Monje, otro arroyo salobre...».

En todo el recorrido, las barrancas de los afluentes y luego del Paraná, han sido generosas a su modo: hallazgos cada vez más nutridos de huesos fósiles. En esa universidad abierta (si se permite la expresión) aprende continuamente; ya puede corregir su anotación sobre el megaterio; no, es algo como un gran «peludo» el que le ofrece tales placas de figuras geométricas, pentagonales y otras, y una vez se asombra de un tubo para la cola: suponemos que se trate de un *Doedicurus*, pero todos son del grupo de los gliptodontes, es decir, con la coraza de placas fijas.

Mucho le sirvieron las referencias de las gentes. Había aprendido «español» antes de salir, y todavía en puerto inglés pidió a su casa «mis libros españoles»; lo repasó en el viaje; pero su aprendizaje fue con los gauchos, los baqueanos, arrieros, algunos barqueros y la gente de las estancias, tan hospitalaria. Algunos se compadecen por su afición tan rara a juntar huesos, que habrían sido de los hombres gigantes del pasado; le dicen que otros huesos, de estar enterrados, el agua los aumenta de tamaño con los siglos; en Minas,^Urugua, como una señorita enferma no podía levantarse, le llevaron el viajero para que ella lo viese (en el relato del «Viaje», más suavizado en muchos puntos, dice de este episodio que era para mostrarle una brújula); y el aprovecha para preguntar, anotar y planear; sobre todo qué se sabía sobre aquella misteriosa Patagonia

para donde van pronto, abandonando este «detestable Río de la Plata», monótono. «Es general la mucha cortesía»; en el Museo de Buenos Aires, que «abre el segundo domingo», lo reciben «con modales educados».

Un rasgo propio del taciturno hombre de la pampa, del jinete consuetudinario «que no es capaz de andar a pie», lo presenta Darwin con pormenores de tanto verismo que el lector argentino puede pensar por un momento que el humorismo británico ha desembocado en la ironía de quien se siente superior. Mas no. Su baqueano de Bahía Blanca, en quien ha de fiarse para cruzar la provincia hasta la capital, iniciándose en los campos, ayer no más asolados por la indiada, a cada pregunta del viajero en una situación de incertidumbre, le contesta: «¿Quién sabe?», que él pone en castellano. Tanto, que este egresado de las Universidades de Edimburgo y Cambridge cuando asienta en su libreta las notas finales sobre la geología de Punta Alta y ese lugar clásico de nuestra paleontología que es Monte Hermoso, y por dos veces está obligado a corregir sus propias opiniones, estampa un «¿Quién sabe?». Los sabios todavía discuten sobre Monte Hermoso...

Que a la llegada de su viaje desde Bahía Blanca (20 setiembre, 1833) dé la descripción de Buenos Aires, siendo que no era la primera vez que la visitaba, no es de extrañarse porque en el «Relato» agrupa las observaciones según los temas sobré las anotaciones cotidianas, o casi, de las libretas de bolsillo; por ejemplo, respecto de lo que él llama «agutí» (el mará o liebre patagona) trae datos comparativos con la vizcacha a propósito de las costumbres de ésta, pero ello a su paso por Luján; siendo así que vió a ambas donde conviven, en el sur de Buenos Aires.

EL «VIAJE» Y LA VERSIÓN DE SUS NOMBRES

Con todo el prestigio de Darwin, reconozcamos que el libro de su «Viaje de un naturalista alrededor del mundo», cuyo solo título es el de una novela y de aventuras, no está sin embargo suficientemente conocido: en parte se debe a la falta de una edición buena, y fácil de obtener.

Para traducir un libro de viajes, y aún más, el de un naturalista, no basta conocer la lengua en qué fué escrito: es indispensable conocer el ambiente en que fué vivido: considérese la gran diferencia en el tratamiento que dió Darwin a su estada argentina, usando palabras criollas y adaptándose a la costumbres del país, mientras que la mayor parte de los capítulos sobre el Pacífico no americano es solamente el relato de un inglés que pasa. Es el problema para traducir a Darwin, a Hudson el argentino, y de los que aún nos falta conocer en nuestro idioma, Gibson, White, Beerbohm, y otros. El traductor que adapte el «Viaje» de Darwin a nuestros conocimientos, lo hará a la realidad de la naturaleza argentina. Darwin usaba los nombres disponibles, que a veces corresponden en la naturaleza a animales distintos.

Más datos, y algunas ilustraciones, con la bibliografía, en mi trabajo publicado en «Ciencia e Investigación», Buenos Aires, 1957, febrero.

Así, por ejemplo, habla del «agutí» que encontró en el Carmen de Patagones y luego hasta Tapalqué. Ahora bien, el agutí o acutí, nombre popularizado por Azara, sería el *Dasyprocta paraguayensis* que vive en el norte de nuestro país, en los bosques. En cambio Darwin se refería al mará o «liebre del país», llamado frecuentemente «liebre patagona», que, por cierto, no es una liebre; es el *Dolichotis patagonum*, que va desde el centro de la Argentina, por el sur de Buenos Aires (donde antes llegaba más al norte) y luego casi toda la Patagonia; hay dos razas geográficas; vive en lugares desérticos, secos, sobre todo los arenosos consolidados.

Algunos nombres vulgares criollos de origen español son dados por Darwin traducidos al inglés, como en el caso de «lechucita» (la de las viscacheras) que le dice «little owl». Zorros, «foxes», pero «wolf-like fox» para el zorro-lobo de las Malvinas, el «*Canis antarcticus*» de Darwin, *Dusicyon australis*, hoy extinguido, que era una raza en cada una de las dos islas, y que él fue el último en estudiarlo bien en la naturaleza, llevando tam-bién pieles para el Museo Británico. Entonces predominaba el uso del nombre de «zorrillo» (no en femenino, como lo pone él) en vez de zorrino como decimos hoy. Darwin anotó en la libreta el temor de los perros y su lucha contra el bonito y repulsivo animalito.

Se sabe que Darwin estudió español con motivo de un pro-⁷yectado viaje a las Canarias; acaso su británica medida estaba en camino de rendirse al «genio de la lengua» de aquel período, pues su primer ensayo es llamarle a su primo Fox un «grandísimo lebrón»; abandonado ese proyecto y preparándose para partir en el «Beagle», escribe a su casa para que le envíen sus «libros españoles»; durante el viaje en el barco lo estudia de nuevo; en las libretas, en 1833, a principios de setiembre, como no parten por el peligro de la indiada y apenas si puede realizar algunas observaciones locales, anota textualmente: «Cruel ennui (esto es en inglés); encontré que los libros son un placer exquisito; el tiempo galopa: edición española, Barcelona.. » dos libros de historia. Salvo muy raros casos, su trato es solamente con baqueanos, soldados, barqueros, gauchos, gentes sin letras, de modo que los nombres son oídos y no vistos. Darwin utilizó en sus libretas de viaje una grafía que es para él, para acordarse de cómo se pronuncia la palabra en el país que recorre; una fonética personal, pues; al publicarse ahora esos apuntes, hay que interpretarlos. En el «Relato» del Viaje está mejorada la grafía. Así escribió primero «Biscatcha», lo cual fonéticamente está bien para un inglés «duro de oído» como lo habrán juzgado los criollos; después pasa a «Bizcacha» y «Viscache»: esta última parece reminiscencia de alguna lectura francesa. «Gato pajero», en la Banda Oriental, es «pajero» o «de las pajas». Muchas veces la segunda sílaba en e la pone, con a, y con su pronunciación inglesa obtiene el sonido más próximo: «Arracifes», después «Arrecife», el río bonaerense; el pájaro «casara» es el casero u hornero; «casarita», el pájaro de color semejante, más chico, que⁷ nidifica diferente que el otro; el caserito u hornerito, llamado caminera más comúnmente en nuestros días, Geositta cunicularia que, en realidad, es una «minera» pues excava su nido profundamente en las barrancas o el borde de los caminos, y del que Darwin da una divertida noticia: perforaba las paredes de los ranchos de barro «por no tener noción del espesor» y seguramente se llevaba una gran sorpresa al encontrarse con la luz del día al otro lado. «Lachuza», anota en la libreta. «Tandeel», «Waleechu», por Tandil y el árbol del Gualicho, entre Patagones y

Bahía Blanca, del cual cuenta la divertida historia, son otras muestras de su fonética. Es lástima que «petise» por petiso, es decir, chico, bajo, enano, se haya difundido más de la cuenta. Otra, muy usada: «peecheys», por pichis, refiriéndose al piche, el peludo chico, que es el armadillo más común en la zona de su recorrido hasta el centro de la provincia de Buenos Aires; y Darwin nos llama la atención sobre su reemplazo más al nordeste por el peludo; el primero es el *Zaedyus pichy* y el segundo el *Chaetophractus villosus*.

Su hijo Francis («Reminiscences», en «Life»: 79, ed. Murray) dice que: «Ciertamente tenía mal oído para los sonidos vocales, de modo que le era imposible percibir pequeñas diferencias en la pronunciación». Por cierto que «a su letra garabateada» de las libretas debe atribuirse algunas equivocaciones en lo publicado; «comadraga», por comadreja (que es la marsupial y no el carnívoro próximo a los hurones, como lo entienden en Inglaterra y lo dan en el «Glosario» al fin de la obra, 1946) ; «chindas», por chinches, en Mendoza, con la descripción, horrible, de su ataque, y casi seguro eran las vinchucas y sus crías, pues de éstas pudo decir (en el «Viaje») que eran sin alas; a la misma razón atribuyo la supuesta confusión de «carrancha», que, evidentemente, unas veces está hablando del carancho, *Polyborus plancus*, que los naturalistas ingleses llaman «halcones carroñeros»; y, por otra parte, es el churrinche, *Pyrocephalus rubinus*, llamado también brasita de fuego y fueguero, un pajarito tiránido, que el macho detona con la cresta y la cabeza y el frente escarlata: con razón el viajero dice de él: «Es muy, muy hermoso, y vivifica la Travesía». Pues Darwin anotó el nombre de travesía (lástima que han impreso «Travesía») y da una clara noción de ella. Vale la pena acotarlo con el «Facundo».

«Travesía» es palabra que adopta en sus notas. Una vez, entre el río Negro y el Colorado, después de pasar el famoso «árbol del Gualichu» reverenciado por los indios, quienes le col gaban ofrendas, Darwin y su partida hacen alto para pasar la noche; los gauchos han pillado una vaca mostrenca y están de fiesta: «Aquí teníamos las cuatro necesidades de la vida «en el campo» [así en español en su texto] : pasto para los caballos, agua (aunque fuese un charco

barroso), carne y leña. Los gauchos estaban muy alegres al encontrar todos estos lujos, y pronto nos pusimos al trabajo sobre la pobre vaca. Ésta fué la primera noche que pasé bajo el cielo abierto, con las piezas del recado como mi cama. Hay un gran gozo en la independencia de la vida del gaucho: ser capaz en cualquier momento de frenar el caballo y decir: «Aquí pasaremos la noche». La calma muerta de la llanura, los perros que hacen la guardia, los gauchos como un grupo de gitanos que preparan sus camas alrededor del fuego, han impreso en mi mente un cuadro fuertemente marcado de esta primera noche, que nunca será olvidada». El gusto artístico es innato en él y más adelante (12 y 13 de setiembre) en el viaje a Buenos Aires, están al norte de la Posta del Sauce, y describe otra escena nocturna, con los soldados que le han dado para escolta, y cuyo aspecto no alaba; pero el cuadro que recuerda lo compara a uno de Salvatore-Rosa (el napolitano que buscaba los fuertes efectos salvajes).

De los indios admira su físico. Uno, en el Carmen, es una estatua de bronce con ropas nuevas. «Los varones eran de una raza alta y hermosa...»; pero al redactar en casa piensa en su triste experiencia con los fueguinos, y cree que ambos son del mismo origen, cosa equivocada; sobre esto de los fueguinos prefiero no entrar a considerarlo, pues Darwin no era etnólogo, y menos aún King, Fitz Roy y los otros que informaron sobre esos viajes. Es indispensable leer la obra moderna de Gusinde. Pero sobre las mujeres indias del campamento del Colorado, escuchémosle: «Entre las mujeres jóvenes o chinas [sic], algunas merecen hasta el ser llamadas hermosas. Su cabello era grueso pero brillante y negro y lo usan en dos trenzas que bajan hasta la cintura. Tenían un color subido y ojos que relumbraban con brillo; sus piernas, pies y brazos eran pequeños y elegantemente formados; sus tobillos y a veces sus cinturas estaban adornados con anchos brazaletes de cuentas azules». Otros indios co-noce, aunque sea por el peligro que representan. En Santa Cruz, cuando una fuerza de desembarco del «Beagle» remonta el río halando los botes desde la orilla aprende qué son esas rayas al lado de las huellas que dejan los indios a caballo: es la «rastrillada», como la que años después describiera tan bien Estanislao Zeballos,

las huellas que dejan las lanzas indias, «chuzos», pone Darwin, que las llevan colgando al arrastre del flanco de los caballos; siniestra amenaza para el conocedor.

Darwin también supo de los rastreadores y el lector argentino saborea lecturas sarmientinas. ‘Un vistazo al «rastreo [así, en castellano] les dice a estas gentes toda una historia. Supongamos que examinan las huellas de mil caballos, pronto van a adivinar el número de los que van montados al ver cuántos de ellos han galopado corto; por la profundidad de las otras impresiones, si algunos caballos iban con cargas; por la irregularidad de las pisadas hasta cuántos estaban cansados; por la manera cómo como cocieron los alimentos, saben si los perseguidos viajaban apurados; por el aspecto general, cuánto tiempo hace que pasaron. Consideran un rastro de diez días o una quincena lo bastante frescos como para poder ventearlo.» El comandante Miranda al frente de una tropa y con indios «mansos» [sic], seguirá el rastro de unos indios asesinos a través de la Pampa, acaso por más de setenta leguas hacia Choele Choele: «¿Qué otras tropas en el mundo son tan independientes? Con el sol como guía, carne de yegua como comida, las piezas del recado para cama, siempre que haya un poquito de agua, estos hombres penetrarían hasta el fin del mundo».

Así, pues, andando a campo y entre rioplatenses Darwin ha sufrido una transformación mental que en los años viejos alabaré en rueda de familia, padre de diez hijos. Cerca de Sierra de la Ventana, una noche, sin tener qué comer, tomaron mate, fumaron, estiraron el recado y, aunque hacía mucho frío, «dormimos confortablemente»; lo mismo dirá después en el Paso del Portillo, con el solo precario abrigo de unas rocas. Se retrata en una carta a su hermana Carolina, desde Buenos Aires, luego de llegar a caballo desde el Río Negro: «Me he convertido en un verdadero gaucho, sorbo mi mate, y fumo mi cigarrillo, y luego me acuesto, y duermo tan confortablemente con los cielos como toldo, como en un colchón de plumas. Es una vida tan sana; a caballo todo el día, no comiendo sino carne, y durmiendo en un aire tan estimulante, uno se despierta tan fresco como una alondra». En el cruce de los Andes comían charqui. Así vemos, pues, que antes de llegar a la verdadera Patagonia todavía en esa «Patagonia» que era la costa de la provincia de Buenos

Aires de Sur a Norte y hasta el Río de la Plata, esa naturaleza, que pensó primeramente que fuese tediosa, ha desaparecido. Ahora está viviendo en otra, la de las barrancas y yacimientos, la de una naturaleza llena de vida. El *Toxodon*, uno de sus fósiles, le resulta el cuadrúpedo más extraordinario que haya existido, tal es la mezcla de su caracteres y por lo tanto de las adaptaciones. Su hijo Francis, que editó la «Vida», con la «Autobiografía» hasta entonces privada, dice así: «Los ejemplares traídos por mi padre incluían (además de los ya mencionados *Toxodon* y *Scelidotherium*) los restos del *Myloodon*, *Glossotherium*, otro animal gigante afín al oso hormiguero, y *Macrauchenia*. Su descubrimiento de estos restos es un asunto de interés por sí mismo pero tiene una importancia especial como un momento en su propio vida, pues la especulación sobre la extinción de estas criaturas extraordinarias y su relación con las formas vivientes constituyó uno de los principales puntos de partida de sus vistas sobre el origen de las especies». Así pues, en 1837 anotó que iniciaba un primer cuaderno de notas, sobre «la transmutación de las especies», y dice: «Había sido grandemente impresionado... por el carácter de los fósiles sudamericanos, y las especies del archipiélago de Galápagos. Estos hechos (especialmente el último): origen de todas mis ideas».

He hablado de la adaptación de Darwin a nuestro ambiente, las costumbres paisanas, que él llama de gauchos, pero lo fue también al habla, pues le encanta intercalar sentencias oídas, aunque le yerra en el género, como pasa con los ingleses a quienes el criollo aplica el calificativo de bozal, en su sentido de bisoño; así, la siniestra Frontera con los indios alzados: «El fin del Cristiandad»; y ante las penurias, «Necesidad es la madre del invención»; al agua que surge de las salinas, le da el nombre paisano: «Madre del sal». Dos veces anota «Gracias a Dios»: cómo sería la liberación que sentía de poder seguir viaje. En Punta Alta, después de ver y resolver el problema de la estratigrafía, comparando la de allí con la de Monte Hermoso, el yacimiento clásico para los líos paleontológicos argentinos hasta el día de hoy, discurre, cambia de opinión, todo lo anota en sus libretas, resuelve que una de las hipótesis podría ser la solución del

enigma, y termina así, en castellano: «¿Quién sabe?». Muy bien por Darwin.

LA IDENTIDAD DE LA FAUNA DEL VIAJE DARWINIANO

Cuando se lee la traducción por Caillet-Bois de la «Narración» de los viajes de la «Adventure» y la «Beagle» por Fitz-Roy se comprende que solamente un marino puede realizarla; para el «Relato» de Darwin se necesita un naturalista, y que sepa de varias ramas. Los nuevos datos aportados por la publicación de las libretas de viaje complican el trabajo. Así, cuando está en la Banda Oriental, como él dice por la nación vecina, además dé anotar dos veces que allí no hay vizcachas, y es cierto, también parece aludir a la plaga de las cotorras (*Myiopsitta monacha monacha*), pues escribe: «3.500 pequeños loros verdes matados en un campo de maíz cerca de Colonia», y luego en Patagones: «loros diferentes», respecto de los que vió en el Uruguay; ahora va de allí a la Boca del Río Negro; confecciona un cuestionario sobre cosas que ha oído y que quizás encuentre allí y cuestiones que pueda dilucidar; a medida que las resuelve las tacha con lápiz. En el libro pone la editora «Toro toro o taupes» y debe ser «tucu-tuco o topo»: comenta que con el aperia [sic] son diferentes de los de Maldonado: los aperiás de Patagones, más chicos, más mansos, aparentemente comen más de día que los rioplatenses, frecuentan los cercos y los agujeros, paren dos hijuelos a la vez. Los tucos tucos son muy diferentes de los de allá (Maldonado, sobre todo), «el sonido que emiten es más fuerte, distinto, sonoro, como el hachazo sobre un árbolito oído a lo lejos, más peculiar, más doble, y no repetido tres o cuatro veces, solamente dos veces; me dicen que no tiene cola (?) y es ciego (?). Habita los mis-mos sitios, más dañino que Talpe». Pues bien, todo esto está aclarado en el «Relato» del viaje, dejando también cuestiones pendientes. El Glosario que han puesto a la obra descuida alguna consulta. Lo de Toro-toro es, seguramente, mala lectura de los apuntes; quizás escribió primero «toco», por su pronunciación a la inglesa. En realidad, no es la especie *Ctenomys brasiliensis* que es

más grande y del sur del Brasil; es *Ct. torquatus*, o de collar, en el Uruguay, adonde han publicado (Dr. Tálice y colaboradores) varias notas fraccionadas sobre esta especie; la especie argentina en la costa del Río de la Plata y luego a lo largo de la atlántica (¿hasta dónde?; no está determinado) es la *Ct. talarum*, hoy desaparecida de su localidad-tipo y que se encuentra luego desde Punta Indio, hacia el sur. En la Patagonia, el más conocido es el *Ct. magellanicus*, referido por el Capitán King, compañero anterior de Fitz-Roy. Pero todos tiene cola y no son ciegos, aunque Darwin en su «Viaje» cita varios ejemplares ciegos, y discurre que Lamarck los hubiera tomado como prueba de sus teorías, cosa que desde ya Darwin, sin negar ni adaptación ni evolución, no interpreta del mismo modo. Parece que en el sur de Buenos Aires se encontraría una forma geográfica de *Ct. mendocinus*, especie muy difundida en aquel tipo de terreno. Darwin, viniendo del Río Colorado hacia el norte, después de la cuarta posta (la del teniente negro, citado elogiosamente también en el «Viaje»), en agosto 16, en terrenos donde hay médanos, anota: «Todo el terreno blando por causa de los «Taupes», que nunca abandonan las cuevas». Por los datos del «Viaje» parece que esto era antes de «Cabeza del Buey», yendo hacia Bahía Blanca. Éste es, pues, el guadal de tierra arenosa, fofa, fatal para los jinetes, y producido por las madrigueras de los tuco-tucos; esto nos recuerda la lectura de Estanislao Zeballos que también lo dijo, («Descripción amena de la República Argentina. Viaje al País de los Araucanos»); lo he citado (Mac Donagh, 1938: 91) como ejemplo de los daños del tuco-tuco; los incrédulos pueden leerlo ahora en Darwin, que ya dijo algo en «Maldonado». Por sus otros apuntes se deduce que, juzgando por la diferentes voces o gritos, estaba convencido que en esas zonas limítrofes de Bahía Blanca había dos especies distintas de tuco-tuco.

Durante sus viajes por Patagones y alledaños, incluso las Salinas, a la par de las anotaciones sobre tucos y cuises, trae ésta: «Pájaro que corre como un animal al pie de los setos, no vuela fácil; no (es de voz) fuerte, sino singular, solitario». En el Relato del Viaje no habla de él pero para quien ha andado por aquellos matorrales intrincados, salta la imagen de este innominado: es el bien llamado «gallito», *Rhinocrypta lanceolata*, que corre como una sombra,

coliparado, entre los piquillines, chañares, y los otros arbustos espinosos, cacareando bajito, furtivo, elusivo, burlándose de quien lo busque, «retando» dicen los paisanos en el sentido de reprender, y muy sabio en callarse y ocultarse a tiempo; su nido es conspicuo, de ramitas espinosas, con un tubo de entrada y salida. Sus costumbres han sido narradas por Hudson, que lo conoció muy bien, y en «Birds of La Plata», 1, hay una buena lámina en color del gallito por H. Gronvold. En Chile, Darwin conoció las especies más afines de esta peculiar ave argentina, los «tapacolas» y «chucáo», que también penetran en nuestro país; pero no parece que reconociera el «gallito».

En una carta a su antiguo profesor Henslow, desde Montevideo, el 24 de noviembre de 1832, Darwin, que ha llegado justo un mes antes, y preparándose para su viaje a la Patagonia y Tierra del Fuego, le explica los envíos de materiales coleccionados; después de enumerar los importantes fósiles, «y ahora (dice) a los vivientes: hay un ejemplar mediocre de un ave que para mi ojo in-ornitológico aparenta ser una mezcla feliz de una alondra («lark»), una paloma, y un chorlo agachón («snipe») (Nº 710). Ni el mismo Mister Mac Leay nunca imaginó una seme-jante creatura inosculante: supongo que resultará ser algún ave bien conocida, aunque a mí me ha intrigado mucho». Por los datos, esta ave ha de ser del viaje desde el Río Negro al norte. La palabra inosculante está explicada en Barlow: pues está usada usada otra vez en una de las últimas libretas, donde vienen sus reflexiones sobre el viaje, desde que toma rumbo a casa, y ya en ella, «at home», en Londres. Es cosa evidente que la teoría de la evolución, surgida durante el viaje y sobre todo en sus andanzas argentinas, se está concretando en su mente como una convicción. A propósito de los ñanduces y de los guanacos y sus afines, anota que las distintas especies de ellos «inosculan»; esto (Barlow: 263, nota) según el «Oxford Dictionary» significa: «pasar de uno en otro; juntarse o unirse hasta hacerse continuos; mezclarse». En la libreta de viaje una anotación correspondiente a algún día antes de su llegada al campamento de Rosas, y por lo tanto entre el Negro y el Colorado, dice: «*Perdix* y *Seolopus* es el ave más numerosa en la llanura seca; nidifica en el borde de los lagos (lagunas) (los huevos son blancos punteados con rojo), como 5 ó 6

en pequeñas bandadas, desde 2 ó 3 hasta 30 ó 40". Ninguno de estos géneros existe en nuestra fauna aunque a veces se hayan usado tales nombres; opino que no son dos aves sino una, pues la frase sigue en singular, y aludirá a la mezcla de caracteres en su nota rápida, del momento, para acordarse cuando redacte. En el libro del «Viaje», cap. V, Bahía Blanca, refiriéndose a la zona visitada alrededor de la ciudad, dice así: «Una avecita muy singular, *Thinocorus rumicivorus*, es aquí común: en sus hábitos y en su apariencia general participa casi igualmente de los caracteres, por diferentes que son, de las codornices («quia»)) y de los chorlos agachones («snipe»)». Luego describe sus singulares costumbres y discute sus afinidades; vive en gran parte de la América del Sur donde hay llanuras estériles y praderas secas; vive en casales o pequeñas bandadas allí «donde escasamente ninguna otra criatura viviente puede subsistir»; al arrimárseles se aplastan contra el suelo, siendo muy difícil el verlas; comen caminando muy lentamente, las patitas muy separadas; comen solamente semillas. En Hudson encontramos la habitual, densa noticia sobre ellas y sus hábitos que, además de lo dicho, se relacionan con los de los dormilones o caprimulgos; sobre los huevos cita a Durnford, y resultan parecidos a lo que he transcripto de Darwin, por lo cual me afirmo más en mi interpretación ya dicha de su nota. En su «Catálogo de las Aves Argentinas» Steullet y Deautier (quienes dan toda la sinonimia y bibliografía), registran los nombres vulgares argentinos de «Chorlo agachón, canastita (en Santa Fe), chorlito (en Córdoba), agachona o dormilona (en Buenos Aires), perdicita o perdicita dula sierra (en Mendoza)»; como se ve, tales nombres cubren parte de las afinidades supuestas por los antiguos autores. Como se sabe, hoy ocupa una rama particular en el árbol sistemático del orden de los caradriiformes, que es muy diversificado. Esta avecilla es migratoria, y me parece que no lo es estrictamente según los meridianos; en Tres Arroyos (Provincia de Buenos Aires, al sur) la llaman también «perdicita de la sierra», según el nombre que recogí, y creo que debe venir del oeste, por lo menos en ese tramo. Para Darwin nuestra «perdicita» migratoria es un nuevo tema que provoca sus reflexiones sobre la evolución de las especies, y dice: «El *Tinocorus* (*Thinocorus*, corrigen los autores del «Catálogo» citados) está

estrechamente emparentado a algunas de las otras aves de América del Sur. Dos especies del género *Attagis* son casi en cada aspecto verdaderos «ptarmigans» [es decir, «lagopodios», como ortegas] en sus hábitos...» (y sigue). Un ave de otro género muy afín, *Chionis alba*, es un habitante de las regiones antárticas... Esta pequeña familia de aves es una de esas que por sus variadas relaciones con otras familias, aunque al presente no ofrece sino dificultades al naturalista sistemático, al final puede ayudar a la revelación del gran esquema, común a las edades presentes y pasadas, sobre el cual los seres organizados han sido creados».

En el «Viaje» trae las observaciones sobre la «Bandurria», que viera en Puerto Deseado, y figura con fecha 23 de diciembre de 1933 en, el relato. En un paréntesis agrega: «Especie de la cual se dice que se encuentra en África Central». Semejante anomalía zoogeográfica no ha sido comprobada (consúltese el catálogo mundial de aves de Peters). Probablemente se trata de una confusión con el ibis, por la semejanza de su tamaño, plumaje, pico y actitudes, por lo cual el nuestro recibe de los autores de habla inglesa el nombre de «ibis cara-negra». Nuestra bandurria presenta en nuestro país dos subespecies o razas geográficas, la *Theristicus caudatus melanopis*, que llaman «bandurria de invierno» porque viene en esa estación a las latitudes más templadas huyendo del frío del sur, en donde nidifica en el verano, hasta Tierra del Fuego, y es la que vió Darwin. Segunda, la *Th. c. caudatus*, la mencionada por Azara, y que vive desde Colombia y Venezuela hasta Córdoba y el norte de Buenos Aires, anidando en el Chaco y al norte. Una tercera raza (*brannicki*) vive solamente en las altiplanicies templadas de Ecuador, Perú y norte de Bolivia; otros autores las consideran especies separadas. Hudson describe los hábitos de la sureña, que conoció bien. (Ver mis «Observaciones», 1942.)

Otras aves que provocan en Darwin las reflexiones sobre cómo se han originado las especies, cómo están adaptadas y cuáles son las relacionadas entre ellas, son los ñanduces, los mal llamados avestruces, es decir, el ñandú grande que llega desde el Río Negro hasta el Noreste de Brasil, *Rhea americana*, cuya subespecie pam-pana es la *albescens*; y el ñandú petiso o choique. Del primero

da muchos datos, unos, observados personalmente, como consta ahora por sus libretas de viaje; otros, contados por los criollos, que cuando eran personas de alguna ilustración o muy experimentados, así lo anotaba el viajero. El ñandú petiso le intrigó por las mentas que recogiera de los gauchos «repetidamente», y luego advierte que «long ago» (hace muchos años) el Padre Dobrizhoffer («Abipones», edición inglesa de 1749) describía correctamente las dos especies. Cuando en Puerto Deseado el dibujante Martens cazó un avestruz, Darwin lo vio chico, y creyó que era un animal joven, y lo dejó cocinar y comer; solamente después despertó al recuerdo aquel misterio tan perseguido por él; recogió la cabeza, el cuello, las patas, muchas plumas mayorés, y parte del cuero, reconstituyendo un ejemplar sobre el cual creó Gould la especie *Rhea darwini*. Por casi los mismos años, un poco antes que el mismo Darwin, estuvo en Patagones y su zona, el gran naturalista francés Alcides D'Orbigny, quien ha realizado para nuestra `Sudamérica austral una obra tan maravillosa; buscó él también el ñandú petiso; no lo consiguió en San Blas. Darwin, en el relato del «Viaje», después de alabar justicieramente «las infatigables labores de este naturalista», su rival, dice que éste no lo consiguió; pero sí, como después se ha visto bien (Steullet y Deautier, 1935: 132, nota), cerca de la Ensenada de los Loros en el Golfo de San Matías, donde vio un ejemplar a medio de-vorar por los zorros, erigiendo la especie *Rhea pennata*, pues los tarsos están emplumados en la parte superior; el género *Pterocnemia* Gray 1871, destinado a separarlo de la otra especie, se basa en el mismo carácter. Para que se vea cuánto los criollos merecieron como observadores la confianza de Darwin he aquí sus informes anotados en la libreta antes de ver ningún individuo de la especie: «Avestruz petise [sic]: frecuente la costa del mar. Al sur del Río Colorado. Las plumas tiene la misma estructura y en el cuerpo, y la cabeza y el cuello, similares (a las del otro ñandú); las patas algo más cortas, cubiertas con plumas hasta las uñas; tiene como un cuarto dedo carnosos sin uña; los huevos un poquito más chicos. La cabeza con pelos [sic, las plumas filiformes] dispersos; no puede volar. Buena información». En el «Viaje» en nota al pie pone qué un gaucho le dijo haber visto un ñandú albino, «como la nieve», un ave hermosísima. Como se sabe, se producen en esta especie bastantes

casos de albinismo; un estanciero de Dolores, provincia de Buenos Aires, apartó los albinos para formar tropilla, hasta trescientos, por cría y selección, pero, desgraciadamente, hace como unos quince o veinte años, una de las grandes inundaciones de esa pampa rasa los arrastró al canal de desagüe, y, aunque nadan, perecieron en sus turbulentas aguas. Se han criado albinos en los Parques Zoológicos. Respecto de las diferencias entre ambos géneros véase Dabbene, 1920. También a los gauchos les debe Darwin su observación y el nombre de «huachos» a los huevos abandonados.

Cuando Darwin está de regreso en Inglaterra todavía anota en las libretas, pero predominan las reflexiones sobre la obra que realizará con todo lo aprendido en el viaje; en ese momento, que debe ser algo después de 1836, sus pensamientos son sobre la diversidad de las especies y sobre la variación, llegando a creer en una evolución de las floras y las faunas, pero la asombrosa revelación de estas otras notas (un poco más cuidadosas en la redacción que las del viaje) es que como causa de las variaciones y del pasaje de una especie a la otra supone momentáneamente teorías que veremos aparecer luego, pero ya en este siglo: una, las variaciones bruscas «per saltum», las mutaciones y el mutacionismo; otra, algo parecido a la teoría de la invasión del área de una especie por otra; aún la del «espacio vacío»; me refiero a estos temas aquí, primero, por su gran interés e importancia; segundo, porque Darwin se apoya sobre ejemplos argentinos. Su plan: «Verificar cuidadosamente todos los límites de las aves y los animales en América del Sur». Animales, claro está, quiere decir mamíferos terrestres. «Zorrilla: amplio ámbito de los carádridos» («waders», los chorlos, etc.). «Meditar («especular») sobre la existencia de un terreno neutral para los dos avestruces: la más grande, intrusión en el de la más chica; el cambio no es progresivo, producido de un golpe si una de las especies se altera.» Aplica sus ideas sobre el surgimiento de islas volcánicas «y luego plantas peculiares creadas allí...» «Y sin embargo, la nueva creación es afectada por el halo del continente circundante: como que cualquier creación que se produzca sobre cierta área deba tener un carácter peculiar.» En el «Viaje» usa la expresión «territorio neutral» (entre las especies de ñanduces) para las partes cerca del

Río Negro. Siguen las notas: «Debiera argumentar que la llama extinta no debió su muerte al cambio de las circunstancias; el argumento contrario, sabiendo que era un desierto. Tentado de creer que los animales eran creados para tiempos definidos: no extinguidos por cambio de circunstancias. La misma clase de relación que el avestruz común tiene con el petiso; y las diferentes clases de guanacos extintos para con el reciente». Y sigue con las consideraciones. Anota para reflexionar más tarde sobre el hornero y la calandria. Después vuelve, y dice avestruz, en castellano, como no lo usó antes. «Dos especies ciertamente diferentes, no hay cambio insensible; y sin embargo, uno está obligado a buscar un antecesor común. ¿Por qué habrían de existir dos de las más estrechamente afines entre las especies en un mismo país?»

En relación con los ñanduces está una reiterada anotación sobre los insectos estercoleros, los coleópteros del, grupo de las «catangas», que motivaron en varios lugares sus reflexiones, sobre todo esta: que una especie (¿algún *Phaneus*?) parecía propia del estiércol del ñandú grande: «Vi uno atareadamente ocupado em-pujando un trozo con sus puntiagudos cuernos» y por lo tanto el origen de la especie ave y la especie insecto debía estar ligado. Para quien conoce la historia de las teorías de la evolución, este es ciertamente un anticipo.

En Maldonado (Uruguay) el ciervo «es sumamente abundante»; se trata de la especie *Ozotoceros bezoarticus* que no llega al sur del Río Negro; en el distrito pampásico la subespecie es *celer*, lo que llamamos venado, al macho, y gama, la hembra. Darwin, en el vale del Río Sauce, rumbo a las sierra anota «inmensos números de ciervos»: y pensar que hoy está prácticamente extinguido; apenas una colonia en el partido de General Lavalle, al sur de la Bahía de Samborombón; en la estancia del señor Bordeu, en. San Luis; y dato hasta ahora no publicado, lo más cerca del paso de Darwin, en la estancia Isla Verde, al sur de Bahía Blanca, donde están protegidos (ver mi trabajo, 1940). También por allí vió pocos guanacos, que luego vería en tropillas en la Patagonia; hoy están refugiados en los bosques espinosos («montes») cerca de Patagones, lindando con la Pampa y en el interior de ésta; y. unas tropillas en la sierra de Curámalal. Pocas «liebres» y alguien le dice que usan las

madrigueras de las vizcachas, cosa que él no cree, y está en lo cierto, pues he comprobado en los campos cerca del mar y vecinos al Río Colorado que la «liebre del país» excava su propia cueva, sencilla, con un solo recodo en la galería. Sobre los pumas, una de aquellas «buenas informaciones» es que en la sierra del Tandil los pobladores en solamente tres meses mataron cien pumas pues son muy dañinos a los ganados.

Otro aspecto de estos documentos darwinianos es el del conjunto de conocimientos que señalan para aquella época argentina, incluso los nombres usados, lo cual los relaciona con el folklore y con el trato de Darwin con el pueblo y con las gentes cultas. Algo quedaba en el ambiente de los que aportara la cultura hispánica, recogido por Azara y otros; Sánchez Labrador (no publicada aún su «Historia Natural») es formidable. El tordo renegrido o morajú (*Molothrus bonariensis*) es el pájaro parásita de las nidadas de otros pájaros; Hudson lo estudió muy bien, y existe un trabajo moderno, fundamental, de Friedman, que vino aquí a estudiarlos. Darwin en el «Viaje» lo menciona solamente por el género, pues alude a los nombres específicos de «pecoris» y «niger» (este es nombre sinónimo del nuestro), pero en las anotaciones hechas entre Punta Alta y Tapalqué se encuentra esta: «Pájaro llamado Chusco, pone los huevos en el nido de los gorriones», es decir, chingolos. Al día siguiente de estar en Buenos Aires: «El Cusco pone los huevos en los nidos de otros pájaros.» Sin embargo, aquellas observaciones están publicadas en el Viaje como si fuesen en Maldonado, donde, ciertamente, existe el tordo. Lo de «cusco» debe ser por «cuco» o «cuclillo». Otros nombres anotados son «joto» es decir, jote, que, para mí, es el que en otra parte figura como «cuervo» y recalca su diferente modo de andar respecto del carancho; casi seguro que es el *Cathartes aura jota*, el de cabeza rosada. Otro nombre conservado es «loica», los pájaros de pecho colorado que viven entre los pastizales. Además, están los nombres ya citados cuya grafía era «de oído».

Sobre los peces del Paraná realizó breves descripciones que no ha aprovechado en el relato del «Viaje»; se pueden identificar el dorado (*Salminus maxillosus*), el pirapitá (*Brycon orbignyanus*) y quizá el sábalo (*Prochilodus platensis*). Los peces que llevó, tanto

de agua dulce como marinos, fueron descriptos por el Reverendo Leonard Jenyns en la «Zoología» del Viaje del «Beagle» y su obra es un clásico de la ictiología; Jenyns estuvo a punto de ser el naturalista del «Beagle», y ya tenía preparado su equipaje, pero desistió, y al final fue Darwin:

Sanborn (1943) ha identificado los mamíferos citados para Tierra del Fuego y Chile, incluyendo los otros argentinos de localidades más próximas a la frontera; el pequeño murciélago de la primera es el *Histiotus montanus magellanicus*; el zorro cazado por Darwin con un golpe de piqueta de geólogo (el animalito estaba abstraído observando) es el *Dusicyon fulvipes*, único ejemplar, y aunque el padre Molina había recogido referencias de él en el siglo dieciocho, solamente en 1922 fueron cazados dos ejemplares más por Sanborn.

LA PALEONTOLOGÍA

Son sumamente importantes las contribuciones de Darwin respecto de nuestros fósiles y sobre todo los animales extinguidos en nuestra era. Nos muestran prácticamente la ventaja del uso del término «neontología» para la zoología, es decir, la ciencia de la fauna actual; paleontología, la del pasado, puesto que la vida no se ha interrumpido en el globo y por lo tanto el biólogo ha de reconocer y tener siempre presente la dimensión «tiempo». En el trabajo, el viaje, la observación, las recolecciones de Darwin, el interés se mantenía igual para ambos dominios, acaso más entusiasta por los hallazgos de fósiles puesto que aún mantenía fresco el espíritu para la sorpresa. Así, en la libreta de viajes aparece primero un hallazgo de «placas» de «megaterio», que Henslow le escribe que no puede ser, y después está corregido en el Relato; son de gliptodonte. Su admiración por la estructura del toxodonte es una magnífica muestra de cómo debiera ser el espíritu de un naturalista; no esa encarnación de la mediocridad opaca para quien la mente es apenas una cinta registradora. En una de sus conversaciones con el comandante del fuerte en Bahía Blanca éste le informa que muchas veces ha visto y ha oído hablar de grandes escamas (placas) de «peludo» en las barrancas; luego sigue sobre las gaviotas y, bruscamente aparece esta anotación: «Gran bestia all nonsense», es decir, disparates; pero

uno se pregunta si no será la después famosa leyenda de un milodonte viviente.

LOS ANIMALES DOMÉSTICOS

Los animales domésticos no fueron motivo de observación especial por Darwin en su viaje argentino, y así, por ejemplo, aun-que anduvo mucho a caballo, no da nombres de los colores, o una apreciación sobre su raza. En cambio, es famoso su estudio de la cría «ñata» de ganado bovino, lo que muchos llaman «vaca ñata», siendo «cría» la palabra a usar, puesto que hay de los dos sexos, como es lógico. Escribe ñata o niata. Lo menciona en el capítulo «Maldonado» que ya sabemos puede ser por la ocasión, pero es de ambas orillas como lo prueba el que diga «D. F. Muñiz, de Luxán, ha coleccionado amablemente para mí toda la información que pudo respecto de esta cría», cosa que luego resume. Son ejemplares aislados de ganado vacuno que presentan un acortamiento del hocico, que recuerda el del perro «bull-dog»; «cuando el pasto es largo los ganados ñatos lo toman con la lengua y el paladar tan bien como el ganado común, pero durante las grandes sequías cuando perecen tantos animales, la cría ñata está en gran desventaja, y quedaría exterminada si no se la atendiera... pues sus labios no se juntan, y por eso se ve que perecen antes que el ganado común. Esto me llama la atención como una buena ilustración de cuán poco somos capaces de juzgar, según los hábitos ordinarios de vida, en cuáles circunstancias, que ocurren solamente a largos intervalos, puede ocasionarse la rareza o la extinción de una especie». De regreso anota: «Sullivan, que obtenga cabeza del toro llamado ñata.» Su editora dice que aquél le obtuvo un cráneo, depositado en el Museo del Real Colegio de los Cirujanos. En su obra sobre la «Variación».. al estado doméstico», Darwin dió una descripción detallada de estos animales; había visto dos pequeñas tropas en «la margen septentrional del Plata»; el señor Muñiz le había enviado datos sobre los cruzamientos; si se cruzaban dos, la cría era ñata; si no, parcialmente dominante. Por fortuna conocemos el cuestionario de Darwin enviado a su huésped Mr. Lumb, en Buenos Aires, y contestado por el Dr. Francisco Javier Muñiz, el auténtico predecesor

de nuestra ciencia argentina en zoología y en paleontología como que descubrió el *Smilodon bonariensis* y lo describió al modo de entonces y aquel ambiente; Muñiz, pues, que contesta las siete preguntas de Darwin, por la cual sabemos que aquella raza provendría de la «hacienda pampa» que poseía la indiada, y eran ganados numerosos, no casos aislados; si no provenían de los pampas, sería por los ranqueles; también en Corrientes y en la Banda Oriental eran conocidos de 60 años a esta parte. Angel Cabrera señala el lejano origen gallego de esta herencia, pues en aquel ganado también se produce el acortamiento. Sería una de las mutaciones aparecidas bruscamente en los animales domésticos. De cualquier manera, debemos señalar la aparición de este carácter en muchos ganados del mundo; segundo, su no aparición en otras razas; tercero, que por los datos bien seguros de Muñiz, confirmados en menor grado por otros, llegó un momento que esta mutación o lo que fuere constituyó «poblaciones» numerosas y que se mantenían en el espacio ocupado, en este caso los de la indiada y el espacio intermedio hasta las estancias con mejor ganado.

Por cierto que Gibson envió desde su estancia «Los Ingleses» partido de General Lavalle, provincia de Buenos Aires, varios cráneos de esta supuesta «mutación» a Londres. En el Museo de La Plata existe el único esqueleto completo de un ejemplar, un toro, que tuvieron allí vivo, traído, creo, por el fundador del Museo, Dr. Francisco P. Moreno; decían que era muy salvaje.

Los perros cimarrones, elemento característico del campo en aquella época, no están mencionados por Darwin con ese nombre, pero sí como «wild dogs», a propósito de los perros ovejeros también mencionados por D'Orbigny: y le encarga a Sullivan que averigüe si son de orejas cortas o largas, y el color.

En la ciudad de Santa Fe dice que «pequeños perros sin pelo son muy buscados para hacerlos dormir a los pies de los inválidos»: es el popular «remedio» contra el reumatismo en ciertas provincias del interior. En el «Origen de las Especies», cap. V, a propósito de la «variación correlacionada» cita los perros sin pelo turcos, que son de dentición imperfecta; lo mismo sucede en los de nuestro país con estos perros que reciben el nombre popular de «pilas». Sobre su origen hay discusión; será una mutación.

EL VIAJE EN LA EDUCACIÓN DE DARWIN

«Mi padre -dice Francis Darwin- solía decir que fue la absoluta necesidad de la prolijidad en la estrechez de aquel espacio del «Beagle» que le sirvió para darde sus metódicos hábitos de trabajo.» Vivía en la Cámara del comandante Fitz Roy que era terriblemente exigente. Ha sido muy comentado que no tenían un microscopio, pero a él le bastaba una lupa, y dice que siempre se la debe usar antes que aquél: un gran principio de enseñanza, por cierto, como que al estudiante se le debe inculcar que use los objetivos menores primero, no importa a cuáles grandes aumentos deba recurrir después. «Su tendencia natural (en toda la vida) era usar los métodos más simples y pocos instrumentos». Darwin era un inglés de cepa, y el viaje le quitó progresivamente el anglismo en aquella parte que revelaba incomprensión; por ejemplo, todavía en el Brasil anota que las ventanas de las ventas camineras carecen de vidrios, pero más luego ya no se fija en esas cosas. Finalmente simpatiza con la simplicidad criolla. Se acriolla, entre el Río Negro y el Colorado aprende a dormir sobre el recado. Anota que ha de describir cómo es un recado (parece que no lo hizo, lo cual es una pérdida para nosotros). Allá por Sierra de la Ventana: «Alcancé el lugar de nuestro vivac a la puesta del sol, y tomando muchos mates y fumando varios cigarros, pronto preparé mi cama para la noche. El viento era muy fuerte y frío, pero nunca dormí más confortablemente». Cruzando el paso del Portillo, todo el día con una garúa de nieve finísima, cayó una helada rigurosa, pero: «dormimos muy confortablemente». Comía hasta peludos, pichis, charqui, y si no había ni eso, tomaban mate y fumaban. Esto les faltó en el remonte del río Santa Cruz, pues no iban criollos con ellos. Una carta hasta ahora inédita, a su hermana Carolina, al llegar a Buenos Aires desde Bahía Blanca (setiembre 20-1833) dice así: «Me he convertido en un verdadero gaucho, sorbo mi mate y fumo mi cigarro, y luego me acuesto y duermo tan confortablemente con los cielos como dosel, como en un colchón de plumas. Es una vida tan sana; a caballo todo el día, no comiendo sino carne, y durmiendo en un aire tan vigorizante; uno se despierta tan fresco como una alondra.» Cerca de Tapalqué

(escribe «Tapalguen») una noche «comí carne de león [puma], muy parecido a ternero, creí con horror que estaban comiendo ternerito nonato»; esto es alusión al «pacarí» de los criollos, considerado un manjar, por lo tierno.

Y, sin embargo, ese mismo hombre, cuando dejaba el barco para una excursión en tierra, llevaba un libro de bolsillo, el poema de Milton. En el Uruguay y ^{<*}por las sierras bonaerenses encuentra un singular batracio, el «sapito de las sierras» o de «las piedras» como lo llamamos nosotros. Es el *Dendrophryniscus stelzneri*. (Está en el capítulo V, «Bahía Blanca»). Era, dice, «singularísimo por su color. Si imaginamos, primero, que hubiera sido sumergido en la tinta más negra, y luego, cuando seco, dejarla reptar sobre una tabla recién pintada con el más brillante bermellón, de manera que se coloreasen las plantas de sus patas y parte del estómago, se tendría una buena idea de su apariencia. Si fuese una especie innominada, seguramente se le debería haber llamado *Diabolicus*, pues es un sapo apropiado para predicarle al oído a Eva». Esta extraña expresión se explica por su carta a Henslow, que ya cité, pues le cuenta su descubrimiento y le agrega: «Milton debe aludir a este mismo individuo cuando dice «chato como un sapo», aludiendo a Satán, y los editores de las cartas señalan el trozo en «El Paraíso Perdido», libro IV, línea 800. Aún le gustaba Shakespeare, y uno piensa que al ver a los Patagones recordó cómo del viejo relato de Pigafetta se tomó el nombre para el dios de Caliban «...my dam's god, Setebos». En otro orden, tenía gusto y afición por las pinturas, de las cuales adquirió unas cos-tosas al artista del viaje aunque él se queja de no saber dibujar. Conocía lo de Rugendas del Brasil, que le gustaba mucho.

EL NACIMIENTO DE SU IDEA DE LA EVOLUCIÓN

La idea de una evolución de los seres como explicación de la creación nació en Darwin durante su viaje. En general, esto ya es conocido. Valdría la pena elaborar en detalle esa historia. Repitamos que la teoría de «cómo» se produce la evolución, es decir, la teoría propiamente darwiniana de la *selección natural*, la tuvo al leer a Malthus en 1838, cuando ya había entregado a la imprenta el «Viaje»; en la segunda edición de éste (1845) apenas da a conocer su nueva

concepción. Con todo (y la misma editora de las libretas de viaje, Lady Barlow, lo señala) en Punta Alta y Monte Hermoso surgió por primera vez el argumento de la sucesión de faunas, la explicación paleontológica. Se suele citar como el argumento más convincente el de la fauna segregada de las islas Galápagos; pero ya en las Malvinas ese pensamiento estaba en elaboración. En unas libretas ornitológicas (no las de viaje sino como borradores), escribe: «Cuando yo recuerdo el hecho que según la forma del cuerpo, figuras de las escamas y tamaño en general, los Españoles pueden en seguida asegurar de cuál isla ha sido traída cualquier tortuga (galápagos); cuando veo esas islas una a la vista de las otras y dotadas de una escasa cantidad de animales, habitadas por esos pájaros, que difieren en estructura y que llenan el mismo lugar en la Naturaleza, yo debo sospechar que son solamente variedades. El único hecho de una clase similar del cual yo estoy enterado es la diferencia constante que se afirma entre los perros-lobos de las islas Malvinas Este y Oeste. Si hay el más mínimo fundamento para estas observaciones, la zoología de los archipiélagos valdrá muy bien sea examinada; pues tales hechos socavarían la estabilidad de las especies.» En el «Origen de las especies» dice que pudieron llegar a las Malvinas desde el continente en los témpanos. Sobre las Malvinas hay preciosas anotaciones y preguntas en las libretas, mezcladas con los temas del Río de la Plata. Se preocupa por la anterior conexión con el continente, y los remanentes de fauna en las islas serían fruto de ello y no de la migración. «Procurarse una tráquea de un ganso de las mesetas», es decir, de una avutarda migratoria o caiquen (especies de *Chloephaga*); debe ser para la clasificación del grupo de los anátidos. «Comparación de las turberas con las de Tierra del Fuego», y «examinar si en ellas (malvineras) se encontraron huesos o maderas» que es el gran problema de si hubo árboles allí. Veinte días después una curiosa anotación: «Pequeños huesos como de ratas en la turba, argumento en favor de los habitantes originales, etc.» «Migraciones de los gansos (avutardas o caiquenes): ¿las islas Malvinas conectadas con el Río Negro?» Esto último supondría un audaz anticipo darwiniano de las teorías que han reinado después.

Un párrafo del cap. VIII es el atisbo de su concepción evolucionista; después de mencionar las afinidades de grupos enteramente fósiles como *Macrauchenia* y *Toxodon* con los órdenes de mamíferos aun vivientes, «yo no dudo que más adelante arrojará más luz que ninguna otra clase de hechos sobre la aparición de seres organizados sobre nuestra tierra y su desaparición de ella.» Esta sentencia «arrojar luz», «to throw light», es típica en Darwin; se hizo famosa al aparecer al final del «Origen de las especies»; «Mucha luz será arrojada sobre el origen del hombre y su historia.» Y él dice en su autobiografía que no fue más explícito pues, no pudiendo dar la evidencia, no quería adelantar su con vicción, pero que la puso en esa forma para que ningún hombre honorable pudiese acusarlo de ocultar sus vistas.

EL HOMBRE Y LOS HOMBRES

Solamente un hombre con tales sentimientos todavía frescos (aunque «la gran pena» de su edad madura fué perderlos), es capaz de escribir la página de antología que llama «Retrospecto» al final del Relato del Viaje, y donde las selvas de Tierra del Fuego están pintadas con las solas palabras de Muerte y Decadencia, y esta página sobre las tierras argentinas: «Al rememorar imágenes del pasado, me sucede que las planicies de Patagonia frecuentemente cruzan delante de mis ojos; y sin embargo, esas planicies todos las reputan como miserables e inútiles. Se caracterizan únicamente por posesiones negativas: sin habitaciones, sin aguas, sin árboles, sin montañas, apenas si mantienen unas cuantas plantas enanas. ¿Por qué, entonces, y el caso no es peculiar conmigo sólo, por qué esas áridas desolaciones han tomado una posesión tan firme en mi mente? ¿Por qué razón las pampas que son aún más llanas, que son más fértiles, más verdes, no producen una impresión igual? Yo apenas si puedo analizar esas sensaciones, pero debe ser en parte por el libre juego que da a la imaginación. Las planicies de la Patagonia son ilimitadas, porque son impasables, y por eso desconocidas; tienen la marca de haber durado así por edades, y no parece haber un límite para su duración en el tiempo futuro. Si, como supusieron los

antiguos, la tierra, chata, estaba rodeada por una extensión de agua impasable, o por desiertos calentados hasta un exceso intolerable, ¿quién no contemplaría estas últimas barreras al conocimiento del hombre con sentimientos profundos pero imposibles de definir?» Así, Darwin.

El gran geólogo y pensador moderno, Pierre Termier, decía que la ciencia estaba dada al hombre para sentir el misterio. La Argentina hizo sentir en su naturaleza a Darwin el misterio de las edades y la Patagonia le dio algo más grande, pues le hizo soñar. En «La Nación» (Buenos Aires, domingo 16 de diciembre de 1956, suplemento literario dominical) apareció una interesante nota firmada A. M. sobre el libro del Dr. Felipe A. Espil «Once años en Buenos Aires», con cartas y documentos del primer, agente diplomático de los Estados Unidos en nuestro país, John Murray Forbes, comentados por el editor; allí se refiere a Mrs. Clark, o «Doña Clara», agregando que la misma «inspiró a Charles Darwin una extensa referencia en «The Beagle Diary», que es la otra obra editada por Lady Barlow, como ya se dijo. Asimismo, en el suplemento del día 23, el Dr. Martiniano Leguizamón Pon-dal, bajo el título de «La carta de Darwin desde las Malvinas» comenta con sano patriotismo una carta con fecha 30 de marzo de 1834 a Mr. Lumb, «36 calle de la Paz, B. Ayres» expuesta con otros documentos sobre los navegantes ingleses en los mares del sur por la Asociación Argentina de Cultura Inglesa de Buenos Aires. Darwin se dejó guiar esta única vez por unas informaciones ajenas respecto de hechos que no presencié. Esto no está en sus obras.

En un párrafo final corresponde mencionar las observaciones etnográficas de Darwin en Tierra del Fuego; no pretendió realizar estudios antropológicos sino relatar episodios del viaje. Pero de allí se ha desenvuelto después una larga discusión respecto de sus interpretaciones. Identificó bien los diferentes grupos por mera observación, apariencias somáticas, por sus modos y algunas costumbres. Apreció con alabanza a los patagones, de elevada estatura, en la costa norte del Estrecho de Magallanes; vió ciertos habitantes fueguinos también altos del este de la isla; pero estos no son «sus fueguinos». De esta gente vió una lamentable exhibición

en la costa e islas del canal de Beagle; de una de las tribus o poblaciones de ellas, el capitán Fitz Roy, en un viaje anterior, llevó a algunos a Inglaterra, educándolos a su costa, y en este viaje repatrió a los sobrevivientes. La reincorporación de los mismos a su antigua vida salvaje no fue alentadora para su experimento social. De lo poco que pudo extraer Darwin de sus observaciones y de los interrogatorios a los que intentó educar, opinó que poseían un lenguaje deficitario y que carecían de cualesquiera noción religiosa. Sin embargo, los prolongados estudios ulteriores modernos de los misioneros como el anglicano Bridges y el padre Gusinde han revelado que estos hombres de una vida tan miserable poseen un vocabulario extenso; también, una noción natural de un Ser Supremo, con las consiguientes nociones éticas (bastante perdidas) y prácticas culturales que transmitían en la ceremonia de la iniciación juvenil, pero que guardan para sí o su clan. Estas desdichadas tribus, cuya asombrosa resistencia a un clima hostil describe Darwin con asombro, están ya al borde de la extinción definitiva.

EMILIANO J. MAC DONAGH

GUILLERMO ENRIQUE HUDSON, NATURALISTA
Y ESCRITOR ARGENTINO

Guillermo Enrique Hudson nació el 4 de agosto de 1841 en la estancia paterna llamada «Los Veinticinco Ombúes», situada en tierras del antiguo partido de Quilmes, y un poco al sur del arroyo Conchitas. Esta estanzuela y su campo, sus plantas y sus aves y otros animales, y la vida y ventura de sus gentes y sus vecinos han sido descriptos en páginas maravillosas por Hudson en varias de sus obras, pero más especialmente en su autobiografía juvenil «Allá lejos y hace mucho» («Far away and long ago»). Tuvo varios hermanos, que aquí quedaron, mientras él se fué a Inglaterra en busca de la gloria. Uno de estos hermanos, que vivía en Córdoba, al recibir de otro hermano, desde Buenos Aires, el libro «La tierra purpúrea» que él escribiera como uno de sus primeros ensayos, le escribió al desterrado, en castellano: «¿Por qué te estás quedando en Inglaterra, y qué puedes hacer allí? ... Vuelve a tu propia tierra y ven conmigo aquí en Córdoba. Estos montes y sierras y ríos tienen una vida de aves más abundante y más interesante que la de la pampa y que la de Patagonia. Aquí yo te podría ayudar y hacerte posible que dedicases todo tu tiempo a la observación de las aves nativas y de la fauna en general.» Hudson dice que leyó la carta «con una punzante angustia, sintiendo cómo su juicio era justo: pero el mensaje llegó demasiado tarde; yo había hecho ya mi elección, que era quedarme por el resto de mis días en este país de mis antecesores, que se había convertido en el mío». Esto lo dice en la introducción de su obra maestra, «Las Aves del Plata», una reedición de su parte

original en la «Ornitología Argentina» (1889), y en ella, en 1920, dos años antes de morir, pensando en todo lo que pudo hacer en la observación y contemplación de nuestra naturaleza, le volvió la angustia: «Después de todo -dice- probablemente elegí el camino equivocado, entre los dos que entonces se me presentaron.»

El campo donde nació fué después posesión de otro argentino, nacido allí cerca, y que también llegó a ser famoso en Gran Bretaña: Sir James Mackenzie-Davidson, el primer radiólogo en su época de la Comunidad Británica de Naciones, y de quien damos aparte la biografía.

Cuando era todavía un niño la familia se trasladó de Conchitas a Chascomús a la estancia «Las Acacias», que también ha descripto, y su zona, magníficamente; esta estancia ha sido identificada por Jorge Casares: es hoy la de Gándara. Después de unos años volvieron a la primera estancia, empobrecidos, y el joven Hudson convertido en poco menos que un inválido por el reumatismo. Sin embargo, ha descripto ese medio, tanto el ambiente natural como el social, con pluma maestra. El testimonio argentino de su vida es uno de los más valiosos que poseemos sobre nuestra naturaleza argentina y sobre la vida en la campaña de Buenos Aires y en la Capital, antes y después de la caída de Rosas, incluso con una descripción novelada del regreso a Buenos Aires, tras una tormentosa pintura, acaso realidad, de una andanza por la República Oriental del Uruguay.

También dedicó un libro a sus dos años de estado en el valle inferior del Río Negro, con relatos de Patagones, que entonces llamaban El Carmen, y de la Merced, que es hoy la ciudad de Viedma. Claro está que para él su preocupación predilecta en esos lugares fué la observación de la naturaleza; por cierto que el contenido de su libro «Días ociosos en la Patagonia» constituye un desmentido a su título pues es un trabajo estupendo en un estilo soberano respecto de las aves, sus costumbres, su belleza, y sobre los otros animales silvestres, y aún cimarrones, pues nada escapó a su ojo incansable. Ya liberado en parte de su dolencia había recorrido (acaso en oficio de arriero) buena parte de la provincia de Buenos Aires, visitando su litoral, el centro y hasta el sur. Sirvió en nuestra vieja Guardia Nacional, a los 18 años. Algo debió conocer de la Frontera con los

indios, si juzgamos por numerosas referencias en sus escritos y algunas de sus novelas. En sus años de muchacho sano y andariego, y cuando estuvo enfermo, devoró lo poco de libros que por allí y entonces podía conseguir, y, con más la mescolanza de lecturas por causa de una áspera crisis espiritual, a los veinte años, de tanto leer, estaba casi ciego. En aquel tiempo envió a la institución Smithsonian de Washington una colección de papeles de aves que él, autodidacto, había preparado: fué considerada tan notable por aquellos entendidos que fué enviada a Londres para que la estudiaran los famosos especialistas Scalter y Salvin (1868); Hudson había agregado notas sobre los hábitos de las especies coleccionadas.

En 1872 la revista de la Sociedad Zoológica de Londres, uno de los órganos científicos de una nombradía indiscutida en el mundo entero, y de más difícil acceso para un principiante, le editó un breve trabajo: «Sobre las Aves del Río Negro en la Patagonia», patrocinado y con notas técnicas de clasificación, por P. L. Sclater, el famoso especialista en aves, y secretario de la Sociedad. Luego siguieron otras notas de naturalista de campo.

En 1874, es decir, a los treinta y tres años de edad, se embarcó en Buenos Aires en el «Ebro», paquete inglés, de vapor y de velas, de 1.500 toneladas, que salió el 1º de abril (datos de J. Casares). Fue a Inglaterra, hombre ya hecho, y no volvió más. Tenía ya una fuerte personalidad y una cultura básica, que sólo necesitaba el nuevo ambiente para desplegarse. Expliquemos aquí y ahora, brevemente, que la gloria de Hudson está fundada sobre un formidable trabajo de observación, de acumulación de experiencias, de lecturas y relecturas, crítica y autocritica (algunas veces, ésta, excedida) de profundo pensamiento, con mucho dolor y decepción en la vida la cual en toda su juventud argentina y mucho de su madurez inglesa fue de pobreza trabajosa. Hubo momentos en Londres casi de miseria; acaso dió algunas lecciones de español. Sus primeros libros fracasaron. Hasta que triunfó con «El Naturalista en el Plata» (1892), obra maestra sobre las costumbres de nuestros animales pampeanos y del norte patagánico. Esta obra ha sido citada universalmente; en varias antologías, de estilo y de descriptores de la naturaleza, están incluidos trozos reveladores. Está citado tres veces en el «Origen de las Especies» de Darwin, edición definitiva; por Alfred Russel

Wallace, en «El mundo de la Vida»; a propósito de los ritmos de la naturaleza; por los mayores autores de ecología, ciencia más moderna que Hudson; es, realmente, un precursor. Su nombradía inglesa se asentó en muchas obras pero especialmente en aquellas sobre la naturaleza inglesa, como que antes de los veinte años después de radicarse allí escribió un libro «Las aves de una villa», pero dos años después, «Las aves británicas», con un capítulo sobre estructura y clasificación por Frank E. Beddard, miembro de la Real Sociedad y uno de los zoólogos de mayor nombradía en su época, autor a su vez de un cotizado volumen sobre ese tema especial; mucha debía ser su consideración por Hudson para acompañarle con tal modestia. Luego siguieron otras: «Las Aves en Londres» (obsérvese el *en, no de Londres*); una maravilla descriptiva, «La naturaleza en Dowland», como quien dice: «Allá abajo», pero es una región de Gran Bretaña; un año después, 1901, «Las Aves y el Hombre» que es un algo de su filosofía de la vida y la naturaleza, donde discute, entre otros, el tema de la belleza de las flores y por qué el hombre ama tanto las flores de color azul, si es por memoria del cielo o recuerdo recóndito de unos ojos azules. Al año siguiente, 1902, publica la serie de relatos que encabeza, y le da título, «El Ombú». Fué como un estallido de su tan esperado renombre. Algunos críticos (testimonia su biógrafo Morley Roberts) consideran el cuento inicial de «El Ombú», como «la más grande de las historias breves (o cuentos) de la lengua inglesa.» El crítico afirma que «El trabajo de ficción más grande de Hudson tiene su fuente pura en la América española (en este caso, el país rioplatense) visto por los ojos de alguien cuya sangre y cuyos instintos eran ingleses, pero para quien el castellano era con todo su lengua nativa». Año tras año aparecen sus obras, algunas de ellas colección de ensayos en que se entremezclan la naturaleza argentina, fresca en sus recuerdos, y la naturaleza inglesa, que descubre paso a paso: así su libro «A pie en Inglaterra». Terminemos mentando su recopilación de 1913 que tan patéticamente describe su «Cardenal», el pajarito argentino entrevistado en Londres en una jaula, al cual reconoce por su canto, y que le despierta el recuerdo de su niñez bonaerense en el tiempo de Rosas, y cómo «su» cardenal se le escapó de la jaula y del destino del favorito le nació la decisión de no tener

más cautivos. De este mismo libro, «Aventuras entre aves», surge la figura de un eminente sabio británico, Sir Richard Lydekker, naturalista y paleontólogo, que fuera contratado por el Dr. Francisco P. Moreno para ayudarlo en los días iniciales de la fundación del Museo de La Plata. Lydekker organizó buena parte de la sección de los fósiles, principalmente los del terciario, en los cuales nuestro Museo fué el primero en el mundo por muchos años. El naturalista inglés leyó cuidadosamente el libro de Hudson, como también a Darwin. Le llamó mucho la atención lo que dice «El Naturalista en el Plata» sobre las grandes bandadas de chajás en el campo argentino y cabalgando de un lado a otro (todos se acriollaban, como Darwin) los buscó afanosamente: pero apenas si vió unas parejas; le contó a nuestro naturalista a su regreso a Inglaterra que en principio se había propuesto desmentirlo públicamente; pero que, luego, gente más informada le confirmó a Hudson y le explicó la razón del cambio: era la despiadada destrucción de las aves por los pobladores ignorantes. Había que ir a distritos lejanos para presenciar el espectáculo de las grandes bandadas de aquel gritón «que canta las horas».

Finalmente, la gran gloria de Hudson como escritor, como artista, como naturalista, como revelador de la vida argentina, se la dió en su vejez la publicación de sus recuerdos de la infancia y juventud: el libro «Far away and long ago», «Allá lejos y antaño».

LA CIENCIA ARGENTINA EN LA VIDA DE HUDSON

En un librito de un centenar de páginas en el cual Julián Huxley reunió sus conferencias sobre el método para observar las aves e interpretar su vida este gran biólogo contemporáneo, maestro de las nuevas directivas, da una breve lista de las obras con que sus lectores pueden ampliar los temas tratados. Son solamente siete autores. Uno de ellos es nuestro Hudson. Es el único de quien se recomienda más de dos títulos y de quien se cita una obra hecha el siglo pasado, a saber: «El naturalista en el Plata» que es de 1892. Nos interesa señalar este aspecto de precursor. En Buenos Aires, cuando fué la celebración del centenario del nacimiento de «nuestro» Guillermo Enrique Hudson en asambleas entusiastas y con una

cordial recordación en conferencias, artículos, ensayos, lo consagró ante el público de la hora como escritor insigne y como maestro de la historia natural argentina; así lo deseáramos largamente sus admiradores. El conocimiento de sus méritos había pasado lentamente de los escasos conocedores al pueblo de los ávidos, que gustan heredar las glorias. Todavía anda suelto por ahí algún insidioso que pregunta: «Pero, dígame, Hudson, ¿era un hombre de ciencia?» Es la misma actitud del futuro mediquillo cuando niega la historia de la medicina al decir que Ambrosio Paré no era médico, aunque curaba; pues quien luego será un fracasado ya piensa que la ciencia no está en los resultados si no en los preparativos. Hacer descubrimientos con su cabeza, hay cabezas que no lo comprenden. Otros, simpatizantes, preguntan, no tanto por curiosidad, si no por un sentir recóndito que espera confortación: «¿Qué hay de la obra de Hudson como naturalista? ¿Resiste a la crítica y al desgaste de los años?» Finalmente, los buenos científicos, mal acostumbrados a ver pasar demasiado pronto la fama de los científicos, preguntan, a su vez, con poca fe: «Hudson, la obra de Hudson, ¿contiene algo más que una pintura maravillosa por su belleza estilística? ¿Era Hudson un hombre dotado de mentalidad científica, o era solamente un aficionado inteligente, observador y descriptor?» Contestemos a favor de Hudson, para hacerle justicia, y para conformidad de los buenos, y no de los biliosos. No hay tal literato afortunado y sí un hombre avizor, agudamente inteligente, un hombre que lo fué a fuerza de dolor, taraceado por el infortunio, que amó soberanamente la verdad y su belleza en los seres, y supo darnos con verdad y belleza una ciencia legítima, con un estilo genuinamente suyo.

Reclamamos para nuestra tierra esa gloria, y váyale nuestra gratitud porque nos hizo conocer mejor nuestra tierra, describiéndola como infinitamente variada, y más rica, más ancha que la conoció nuestra contemplación un poco adormecida, no como fue la suya, sagaz y sabia. La tierra argentina que él conoció es la bonaerense fluvial, rioplatense, la pampeana de los pastos húmedos y campos bajos, la pampeana de los pastos fuertes a la sazón aindiada; y luego, en una gran aventura, llegó a su límite, esa frontera desierta donde nace la Patagonia, el valle inferior del Río Negro, adonde quería ver llegar las aves viajeras. Y toda esta tierra argentina la anduvo a

caballo, más de una vez como arriero y resero, entregado a la vida gaucha. ¿Pudo hacer la ciencia sí? Ahí están sus obras y más especialmente «Las aves del Plata»; y «El naturalista en el Plata», repletas de hechos interpretados, y mostrándonos que no es solamente un ornitólogo, es decir, un hombre para las aves, o un zoólogo, profesional de la ciencia de los animales, sino un naturalista, un conocedor de la naturaleza. De la segunda obra que mencionó, muchos naturalistas han sacado, informaciones, por ejemplo el entomólogo, y allá andan desparramadas en la literatura científica universal las citaciones de nuestro campeador. Por ejemplo, en un tratado colectivo de ecología animal aparecido unos años ha, la última palabra en su materia, ahí está Hudson citado reiteradamente. Por algo será. La validez actual, presente, de nuestro naturalista: eso debemos demostrar, no ya a los que dudan, sino a quienes están influidos por la simpatía de su obra artística y que presumen en, la otra, sólo un valor ya histórico. La prohibidad, condición primera de un hombre de ciencia, es tan celosa en Hudson que antes de entrar en materia deja aclarado minuciosamente cuáles especies animales estudió y cuáles conoció solamente de oídas, las costumbres que observó, y aquello que le contaron. Ambas notas de su espíritu, probidad y sentido de la belleza, están patentes en unas líneas suyas al tratar de la garza silbona azul, el chiflón: «De sus costumbres no pude averiguar nada y por esa razón yo debía haber omitido toda mención de ella pues esa es la regla de este libro—, si su extraña belleza no me, hubiese hechizado y dejado, una impresión indeleble en mi alma».

Alaba los; matices de aquel, plumaje privilegiado: esto (dice) no puedo apreciarse en los ejemplares de museo. Hudson es siempre así: quiere ver la naturaleza como ella es. Su descripción nunca es, mera literatura. Como un escultor conoce la anatomía para que su animal sea creación y no fracaso, así Hudson intuye la historia del lagar en donde viven sus favoritos, porque para nosotros, que no somos ángeles y sí sólo jinetes, de la materia, la naturaleza es un islote de tierra inerte donde puede florecer la vidas. El hombre la contempla para entenderla, o para usarla, o ¡ay! para profanarla. Estas posibilidades marcan en nuestro naturalista las etapas de la admiración, del desgano, hasta la indignación: era desinteresado y

sensible, artista. Creo que todos lo conocen a propósito de las aves o de las flores, como su página inolvidable sobre la cortadera, «el noble pasto de la Pampa»; pero pocos lo recuerdan en otros temas, pongo por caso el de los insectos. Los insectos, que son como el vínculo entre la tierra, las plantas y los otros animales, no son en la obra de Hudson esa amenaza multiforme a que hemos acostumbrado nuestra imaginación (y casi diría nuestra resignación) desde que las huertas y las chacras sirven de criadero a cuanta plaga anda suelta por el mundo y encuentra en ellas (hijas del hombre) lo que sabiamente la Naturaleza silvestre les negó (porque la Naturaleza todavía no está dejada de la mano de Dios); no, pues, los insectos en la pluma de Hudson todavía siguen siendo seres de la creación, y no pesadillas, y por eso las hormigas negras de la Barranca de los Loros pueden tener la prosapia antigua y ser más viejas que los incas; o una avispa puede ser una «noble avispa», como es, entre otras, la «Monedula», hoy *Rubrica*, que persigue las dañinas moscas bravas y los peores tábanos, y pues lo hace sobre los caballos y aún los jinetes, es fácil de conocer: la llamamos «tabanera», y con gratitud. Asombran las coincidencias de las observaciones argentinas de Hudson con sus contemporáneas eupropeas, algunos de los cuales sólo pudo conocer años después. Hormigas, abejas y avispas son temas favoritos en sus andanzas: como en el libro famoso de Lubbock (Lord Avebury), que fue fruto de holganza de rico. Los abejorros bonaerenses que pulularon en el verano de 1872-73, correspondiendo a lo que él llama «una ola de vida», estaban en relación con la abundancia de flores, favorecidas por el tiempo caluroso y los fre-cuentas chaparrones, y en la quinta, junto a la casa de la estancia, encontró hasta 17 nidos. Pero luego vinieron las ratas y lauchas y los destruyeron: este ciclo fue comprobado por Darwin y otros en Europa. Nuestra tucura (como antes llamábamos a las langostas verdes, pero ahora restringimos el nombre a una plaga, que no es verde) atrajeron su atención porque presentaban un ejemplo del problema universal de los colores y su relación con el ambiente; unos son colores crípticos o de ocultamiento, lo que suele llamarse mimetismo; pero otros son colores de prevención o amenaza, que salva a la langosta del ataque enemigo; este mismo problema mereció obras enteras del famoso Poulton, más conocido luego por su obra

genetista; y de aquel cerebro privilegiado que fue Alfred Russel Wallace, émulo de Darwin. Y todo por ponerse a mirar unas modestas tucuras saltonas. Para este hijo de Buenos Aires ¿cómo no habrían sido tema de perplejidad y estudio esas grandes masas de alguaciles que aparecen en días tormentosos? Este problema local hoy sabemos que es general y a esta fecha conocemos algo más que antes sobre su causa, pues tales apariciones en masa se producen en ciertos y determinados grupos de insectos, especialmente en los de origen acuático; que es asunto científico el averiguar su causa, véalo quienquiera en el moderno libro de Essig (1942). De esa laya es la mentalidad científica de Hudson, capaz de ver como raro lo que parezca vulgar al vulgo. Esa invasión de tales libélulas (que por su tamaño, su voracidad y su audacia torpe y cegatona ni merecen el nombre de libélulas, los aguaciles, pues), para Hudson está en relación con el pampero. No aparecen con él, dicen, aparecen delante de él, a una velocidad del viento, anunciando el golpe del viento; siempre fiel, anota que los gauchos llamaban al aguacil «Hijo del pampero». Así, pues, su naturaleza (y con esto es bien moderno) está hecha de seres relacionados, de vinculaciones entre los modos de ser y sus causas físicas o biológicas. En el caso todo sugiere una vinculación entre el estado atmosférico y el nacimiento (la eclosión), además del efecto ulterior de barrido por el viento que congrega los aguaciles.

Quando Hudson describe, es para contarnos la historia de la vida del animal que le ocupa. Sus someras notas anatómicas o geográficas del chajá, o de la vizcacha o del venado, son solamente los primeros pasos para contarnos cómo los chajás vivían en bandadas inmensas en los campos bajos de las provincias, o cómo la cola y la pata de la vizcacha con órganos que muestran la adaptación perfecta a las costumbres singulares de aquel gran roedor, y lo mismo la conformidad de la morfología y las costumbres del venado en el ambiente de la pampa, en la que fuera dueño y señor y que perdió como buen criollo mano abierta. Probidad y medida garantizan su trabajo científico; él lo ha dicho al tratar del misterioso y verdequeante Bajo de las Serpientes: «Si, por acaso, el lector no es un naturalista, es un deber decirle que un naturalista, no puede exagerar conscientemente; y que si él es capaz de caer en una

exageración consciente, entonces no es naturalista». Así se aplicó a estudiar los seres, pero más que todo los problemas de los seres, es decir lo que llamamos naturaleza. ¿Cuáles son esas cuestiones que tanto apasionan a Hudson? Digo que puso pasión por que ellas vuelven continuamente, y así vemos que en su libro de los «Días ociosos en la Patagonia» casi ocupan más páginas que las descripciones y no debió ser en balde cuando en tratados de menta este libro de apariencia literaria está puesto como autoridad de naturalistas. Allí habla del problema del color blanco de la naturaleza, el análisis que más aceptaciones le ha deparado. Otras veces trata del miedo en los animales, de los diversos mimetismos y de las marcas o colores de prevención y de defensa. ¿Se puede pedir algo más interesante que su discusión de los colores de los ojos y su significado como medio de defensa o ataque respecto a los otros animales, como también el asunto de los ojos que relucen en la obscuridad, y los ojos fosforescentes? Recogió muchos datos aquí, pero luego, durante su vida inglesa, arreglóselas para consultar a la gente más entendida, hasta que llegó a compenetrarse del aspecto menos conocido para él, el fisiológico. Decíamos recién que sus problemas eran modernos. Este es uno, como lo comprueba el «Smithsonian Annual Report» de hace unos años, donde viene un laborioso trabajo de investigación sobre los «ojos que brillan de noche» realizado, claro está, con todos los medios que se pueden disponer en la fisiología del presente, con más la técnica ecológica.

Entre la bibliografía citada por el autor no está Hudson, sin embargo que, para las Guayanas mencionan nuestro ñacundá o ataja caminos entre los espantos de la noche. Muy significativo resulta que el autor concluya diciendo: «Estos estudios han resultado más fructíferos en cuestiones sin solución que en respuestas». Enumera seis de tales preguntas; el lector de Hudson podría plantearle muchas otras, porque el problema no es solamente uno de experimentación y de reacción del animal, sino el estudio de cuál sea la función que esas luces tengan en la vida de relación del animal con su ambiente, o, como dice Hudson, a qué fin sirven en la naturaleza. Bueno pues, sin tanta discusión con palabras largas de etimología griega: sirven para la hostilidad; sirven para que las vean, esas luces. Es cosa característica de Hudson que sus estudios mejores, tras la descrip-

ción, los corone con el examen prolijo de los instintos de la especie. Este criterio lo formó en la naturaleza, a campo. Y luego la mayor parte de sus citas de Darwin, Wallace, Romanes, son para ayudarse a dilucidar tales problemas. Mucho tiempo estuvo contra la corriente, por lo menos de la ciencia oficial, y especialmente de la ciencia de cátedra y museo, como lo estuvo también Fabre, con quien coincidía en el método pero no en las ideas. La «modernidad» de su inspiración se justifica (o respalda, por lo menos) si se considera la obra de Hingston sobre estos temas. Para estudiar en el propio ambiente las modificaciones del instinto, Hudson realizó experimentos sobre el parasitismo de los tordos, cambiando nidos, suministrando nidos artificiales, en fin, realizando allá por el 1870 aquello que no titubeo en calificar como los primeros estudios experimentales sobre el instinto que se hayan realizado en nuestro país. Los tordos, esos hermosos renegridos, como llamamos a los machos, mientras las hembras son color castaño, no anidan, sino que, como el clucillo en Europa, ponen sus huevos en los nidales de otros pájaros, y éstos, los padres cuidan la siniestra cría que ha expulsado la suya.

El estudio de Hudson es magistral. En nuestros días, Friedman, de la Universidad de Cornell, vino especialmente a nuestro país con el objeto de estudiar las diversas especies de tordos, y lo recorrió en su pesquisa; publicó luego un volumen sobre el asunto, comparativo con los tordos del Norte; pero en gran parte trata de lo nuestro, confirmando lo visto por Hudson, punto por punto, quedándose corto en algunas verificaciones, como lo reconoce; advirtamos que Friedman contaba con todo el instrumental moderno y las muchas facilidades de la vida argentina del presente, a más del pingüe subsidio de su institución mandante. Esto me lleva a mencionar el trabajo de hace cosa de quince años, por Davis, quien pasó por aquí una proficua temporada, estándose dos primaveras, becario de su Universidad, la de Harvard, estudiando un tema que para el gran público será una ridiculeza: la nidificación de la más esmirriada, desprolija y desgarrada de nuestras aves: al pirincho, mal llamado urraca (pues hasta en el nombre tiene malas mentas). Y nuevamente lo vemos a Hudson de actualidad, pues lo tienen que citar como predecesor en la observación de los instintos casi sociales de la especie, sus hábitos irregulares de nidificación, la mescolanza de

los casales, el apiñamiento en el dormidero, y otras maneras de lo que se llama hoy el «comportamiento». Peculiar para cada especie. El estudio del comportamiento es en gran parte lo que antes se llamaba el estudio del instinto, pero sucedía a la sazón que muchos naturalistas, influídos por prevenciones de escuela, odiaban tales estudios y les daban pase a la psicología. Eran gentes mediocres, sin un mirar al horizonte, pero entonces encarnaban la ciencia llamada oficial. Releyéndolos ahora está claro que Hudson les pareciera un rebelde, pues fué un londinense de afición en quien la vida gaucha estaba presente como una fuerza viva.

HUDSON EN PATAGONES

Hudson descubrió de sopetón el río Negro. Fue la fortuna de su aventura después que hubo pasado casi dos días a pie, vagando perdido con sus dos compañeros náufragos. A. sí lo cuenta para los ingleses: «Llegamos muy de golpe al final, pues al surgir de entre los matorrales de árboles espinosos enanos a través de los cuales habíamos cabalgado en fila de a uno, el magnífico río Negro estaba delante de nosotros. Nunca río alguno pareció más hermoso al mirarlo: más ancho que el Támesis en Westminster y extendiéndose a lo lejos a cada mano hasta que se fundía y quedaba perdido en el azul horizonte, sus bajas riberas arropadas en toda la gloria de montes y huertas frutales y viñedos y maizales que ya maduraban. Bien río adentro, en el medio de la rápida corriente azul, flotaban bandadas de cisnes de cuello negro con su plumaje blanco brillando como espuma a la luz del sol; en tanto que justamente debajo nuestro, apenas si a distancia de un cascotazo se levantaba la chacra de techo quinchado de nuestro guía y el humo de la chimenea de su cocina se enrulaba apaciblemente hacia lo alto. Un monte de viejos y grandes cerezos en que estaba emboscada la casa añadía un encanto más al cuadro, y, como cabalgábamos hasta la tranquera reparamos en las cerezas del todo maduras, reluciendo como carbones vivos en medio del profundo follaje oscuro».

Apenas llegan al río, Hudson lo olvida todo, penurias y andanzas. Las tierras y el río le cautivan y olvida el barco encallado hasta el

punto de que, cuando luego lo advertimos, se nos ocurre preguntarnos cuándo y cómo sería que Hudson supo del fin del capitán octogenario que agonizaba en su cabina cuando su barco se fué contra la costa empujado por la tormenta.

Para los personajes de Hudson (los más de ellos innominados) el río es como el meridiano de su mundo mental. Así lo nota en los niños, en las madres educadas, en los colonos europeos. Piensa que así debió ser en los aborígenes. «La brillante corriente estaba siempre a la vista y cuando volviéndole las espaldas, trepaban fuera del valle, veían sólo una desolación gris...»

Todas las cosas se reflejaban en sus aguas, el infinito cielo azul, las nubes y cuerpos celestes; los árboles y las altas hierbas de sus orillas y sus propias caras oscuras, y tal como ellos se espejaban en él, así su curso se espejaba en sus mentes».

Hoy se llega al río Negro después de un viaje y no de una aventura. Se lo halla encerrado entre dos poblaciones, con jardines y muelles. Hay en el aire borboteo de lanchas automóviles, restallido de pilones donde construyen un puente. El primer cuarto de hora es un desastre para quien buscaba reminiscencias de aquel viajero que nos pintó de por vida el río de sus holganzas.

Cuando nos embarcamos y miramos a Patagones en la distancia de un paseo, resalta en sus planos supuerpuestos y se la contempla casi como un recuerdo argentino (hasta posee un barrio que fué de los pardos); y de cerca se la ve salpicada de sorpresas europeas, como si sus escalones fuesen las rampas de Edimburgo. Patagones y Viedma, izquierda y derecha con el río aguas abajo: en el tiempo de Hudson había dos minúsculas poblaciones («La Merced» era la otra) y ya estaban diferenciadas por el suelo que las mantenía.

Y es de súbito, en medio de una distracción, cuando se siente en qué reside esa virtud perenne del río. Es el color de sus aguas. Son de un color verde claro y serían hermosas aun cuando nunca se moviesen. Pero andan, se escurren, a las veces se les vuelve crespito el lomo, y si entonces un rayo de sol les dora los verdes, se los mira en ondas cada vez más profundas y sólo al ver sombras oscuras, difusas, hacia el fondo, sentimos cuánta hondura tiene su transparencia.

Es la misma agüita que viera Hudson hace tantos años: «El

agua... es maravillosamente pura y su color un claro verde mari-no. Tan verde parece a los ojos en algunas luces, que cuando se la extrae en un vaso de vidrio, uno se maravilla de verla cambiada; no ya verde, sino cristalina, como gota de rocío o de lluvia».

Adiós rastreo hudsonianos. Será para otra vez, Deo volente, el buscar los lugares en donde estuvo y ver si quedaba algún recuerdo de aquel ensayo de granja, tentado por un inglés amigo suyo, treinta y seis millas contadas agua arriba, del lado de Viedma, y fracasado. Pues fué allí donde se le escapó un tiro del revólver de su amigo, quedando inválido en «La Merced» por largos días, los «días ociosos», precisamente, que le fructificaron años después en forma de libro. ¿Dónde estaría, del lado del Norte, la casa del criollo Ventura, en el lugar donde, por sobre una bajada en la barranca, hacía frente a la Cuesta de los Loros? Ésta existe, rebajada, y con un formidable hormiguero de la «hormiga negra lustrosa» (*Acromyrmex ambiguus*) que debe ser el mismo de Hudson, acaso centenario. Sabemos de Hudson, que era muy zorro en el arte de borrar sus huellas, algo por desapego, mucho por fobia de los biógrafos; y aquí los años le ayudaron celosamente. Sola-mente en 1937 logré identificar la «taper» (o ruinas) de la casa que fue de Ventura Crespo.

Llegamos a la estancia Buckland. Es un frescor de casa. Bienhaya los árboles en estos páramos. Árboles, y años para que crezcan, porque aquí son lerdos. Díganlo si no esos tamariscos del Faro. El hombre que los puso volvió a los diez y siete años para verlos: solamente entonces servían de reparo para el viento. El estanciero Ernesto Buckland, que pobló estas tierras, dándoles sombra, es hoy un viejito venerable, prisionero en su sillón. En esta casa hay libros y armas y una paz para conversar. Les contamos a nuestros huéspedes los trabajos y aficiones que nos traen, y, no sé por dónde, como para no aburrir con nuestro egoismo, entro en el tema de Hudson: hemos llegado aquí remontando, por así decir, las huellas de su viaje. Quién sabe si no fué por esta costa donde encalló el barco. No he logrado hallar los sitios donde estuvo en el río Negro, por culpa del tiempo escaso. La señora Beatriz Mulhall de Buckland, cuya fresca ancianidad preside vivazmente nuestra charla, me dice, señalando a través de la ventana, el sillón donde descansa su esposo bajo el corredor:

—Ernesto es aquel inglés de que habla Hudson, que fue su gran amigo en el río Negro y con quien iniciaron la excursión cuando Hudson se hirió.

Así se nos humilla a los mortales, haciéndonos sentir que en la vida nos movemos en un laberinto y que para la salida no nos valen ni el sol ni nuestro despabilamiento. Esa era la fuente de la verdad y estaba a mano. Éste era el hombre que supo de los primeros días de Hudson en Patagones, el que lo llevó, herido, al cuidado del reverendo Humble, a quien Hudson elogia con largueza, y, como de costumbre, sin nombrarlo. Pensar que ha sobrevivido al amigo y que está agobiado de años, aquel inquieto que nos pinta Hudson, meticoloso en todo lo manual, trastornado por la desgracia de su amigo, galopando en el desierto en busca de un carro como tras una visión aligera. «Mi amigo —dice Hudson— tenía una inteligencia ingeniosa y un conocimiento de aficionado de una diversidad de oficios. Para hacerlo feliz bastaba decirle que habíais dañado algo hecho de hierro o bronce: el cierre de un fusil, un reloj o cualquier cosa complicada. Sus ojos brillaban, se frotaba las manos y estaba todo ansioso de atender al nuevo paciente y probar su habilidad de cirujano en él.

La casa está llena de recuerdos de aquella vida, desde la historia del combate con los indios cuando le lancearon un brazo porque no retrocedió a tiempo (como hacían los milicianos expertos después de la primera descarga de sus humosos fusiles), hasta el abandono de la granja sobre el río Negro y la instalación definitiva en esta «Punta Rubia». Son recuerdos retaceados, como historias hilvanadas con charlas de veladas de invierno. Viven en los más jóvenes, como una historia para los hijos y una tradición para los nietos. Pero lo que es típico en Hudson es que mientras en su libro el compañero, el amigo, el benefactor, son anónimos, y para el lector inglés tienen mucho de cuento, para nosotros son nombres y realidades. Allá pueden ser elementos de un arte, aquí fueron fuentes para un artista. Miseria la nuestra si no nos inspiran.

Ernesto Buckland murió el 17 de enero de ese año de 1932. Con sir James Mackenzie Davidson, el otro gran argentino de por Conchitas, en Quilmes, también desaparecido, fue de los últimos testigos de la vida argentina de Hudson.

VIEDMA Y LOS ÁRBOLES DE HUDSON

Hace más de ochenta años, cuando las dos ciudades de Patagones y Viedma se llamaban El Carmen y La Merced, llegó a sus solares un argentino nacido en los campos de aire dulzón que se estiran vecinos al Plata, un observador de los animales como no lo hubo otro de esta nación: Hudson, en fin.

Anduvo y vió mucho más de lo después haya contado, y es lástima (¡una vez más!) que tantas cosas argentinas las relatase sólo para sus lectores ingleses.

Gracias a los recuerdos de Don Jorge Humble, hijo de quien amparó a Hudson, hemos podido situar en dónde fue que nuestro hombre pasó sus horas de convaleciente contemplando los árboles y sus aves, y, sobre todo, la inquietud de las golondrinas, «acostado en. el pasto, cerca de la orilla del río». Los álamos que bordean la quinta ribereña de Humble y los de la Misión, árboles viejísimos los más, señalan de seguro el sitio de aquellas holganzas y cavilaciones. Hace muchos años, quizás la mitad de los años corridos desde cuando fué la estada de Hudson, cortaron los álamos; pero con el favor de los años sus troncos elevaron nuevos tallos. Por eso en las alamedas divisorias de la quinta, perpendiculares al río, hay troncos tan potentes que si no fuese por el ropaje inconfundible de la espiga con que se lanzan hacia el cielo, nadie diría que fuesen de álamos; troncos que son por lo menos el doble de viejos que sus nuevos árboles, los cimeros de hoy, altísimos, gráciles, así como los viera Hudson. Algunos troncos parecen hendidos, como para formar una cueva o un pasaje entre maromas de raíces, y, sabiéndolos tan viejos, alegra los ojos el seguir con la vista desde la base con su corteza acordonada el pasaje al astil más joven y su corteza lozana.

En el centro de la quinta hay otros veteranos: perales e higueras. Después de ver estos de la quinta de Humble, la antigua Misión, decimos que todos los perales que hemos conocido son jóvenes. Estos de aquí son grandes y viejos, y no se puede decir más; los años los hicieron poderosos, y hoy son potentes sin decrepitud. La higuera, toda higuera, es como el ombú: porque el ombú es una hierba gigante de tallos multiplicados, con bifurcaciones bajas,

prematuras; sus ramas son proletarias; se independizan pronto del suelo nativo. Tan viejas serán las higueras de Humble que poseen un tallo único, y es el de un árbol, no un yuyo con años.

Nuestro guía nos señalaba en el tallo de una de estas higueras la cicatriz de donde estuvo la axila de una rama, a una altura como de tres metros del suelo; fue una rama excepcional, pues entonces bajaba al ras de los pastos, y él, cuando niño, la aprovechaba en sus escapadas para treparse al árbol, inaccesible si no para un niño, por lo liso de la corteza; más de una siesta se la pasó allí arriba, escondido, «de rabona», hartándose de brevas, que eran de mi flor.

Piensen ustedes –nos dice– cómo sería de vieja la higuera por entonces. Eso sucedía cuando yo tenía unos diez años. Y, como, desgraciadamente, por este mil novecientos treinta y tres, ya tengo sesenta y tres ...

Sí, son los mismos árboles de Hudson.

Dan ganas de quedarse por aquí, aunque más no sea en tren de vago, esperando los días cuando anda la golondrina renegrada purpúrea, congregándose de despedida, a punto de irse por el caminito de los cielos tibios. Esta cuenca es su querencia en los días soleados de septiembre a febrero, para anidar, y aquí fué donde entusiasmo a Hudson, «un pájaro –dice– grande y hermoso, con todo su plumaje por arriba de un color purpúreo, profundo, luciente., rico, y que por abajo es negro. « Esta golondrina, inquieta por naturaleza, lo era más en los días cuando se preparaba a emigrar. Andaba eligiendo sitios para posarse, en bandadas. Pero oigamos a Hudson en vernáculo: «...los altos álamos de Lombardía eran especialmente favorecidos, lo cual parece extraño porque con un viento fuerte (y era muy ventoso precisamente entonces) el delgado e inquieto árbol es el peor sitio donde pueda posarse un pájaro. A pesar de eso a los álamos habían de ir cuando el viento era más violento; primero revoloteando o divagando en una inmensa bandada, y luego, cuando se ofrecía la ocasión, dejándose caer unos pocos a la vez, para prenderse como langostas asentadas, de las delgadas ramas verticales, apiñándose más y más densas, hasta que los altos árboles parecían negros con ellas; luego un golpe de viento más poderoso vendría a castigar e inclinar las altas cimas, y las

golondrinas, aventadas de su insegura percha, se levantaban en una nube purpúrea y se desparramaban chillando por todo el ámbito de los cielos ventosos, sólo para retornar y congregarse, revoloteando y prendiéndose como antes.»

La realidad de la estada en Viedma no necesita la lectura sobre la Merced. El rincón de árboles copudos, umbroso pero no sombrío, nos persuade que es un lugar de recuerdos.

Mas los álamos hacen el sitio; lo señalan desde lejos porque se los siente primero que a los otros árboles; delimitan el lugar, después, en la imagen del recuerdo. Con razón es, pues, que Hudson, cada vez que mira de lejos su lugar de refugio cuando estuvo herido (hace de ello ya más de una edad de hombre, los meta como un señalero. Para un escritor menos artista, le habrían hecho la tarjea postal).

Al mirar por primera vez a Viedma a través del Río Negro asombra hallar en esas tierras un verdor así, como el de una isla del Paraná. El hombre que llegase a Viedma desde el sur, cansado de la ventosa sequedad patagónica, creería entrar muy de golpe en el Delta; como si fuese demasiado pronto para el goce del reposo; pero un vistazo a Patagones, al otro lado del río, le asentaría en la realidad, Patagones, con sus ralos sauces costeros, y apareciendo entre los solares en la loma, el emponchado verde oscuro de los aguaribays. Ambas villas parecen retazos de naturaleza canjeados por sobre el río. Porque en el alejado sur se ve la faz de su tierra; parece un animal desollado, pues, por desnudo, lo carcomieron las erosiones y, sobre todo, el encono del viento. En nuestras tierras platenses y las que le siguen al norte, el suelo oculta su historia con su gloria, que son las plantas.

En ese cruce del río Negro no hay cómo desasirse de la primera extrañeza al considerar la diversidad de las márgenes, asiento de ciudades vecinas tan separadas, Patagones al Norte, ribera izquierda; Viedma opuesta; una, alta, escalonada, con huertas y quintas por el amor que tienen sus gentes a la tierra servicial, pero que es áspera, secona, un suelo viril; y, enfrente, la llana, rebosando álamos. Hay multitud de plantas y de muy diversas esencias, para pintar aquel manchón que es Viedma, pero los álamos son su nota. Se los huele en la brisa. Estarse quieto es pasarse oyéndolos.

¡Qué compañía sedante deben ser para una noche, si puede alguien estarse en vela en una casa donde penetren aire y sosiego como estos de La Merced!

EL TESTIMONIO ARGENTINO DE HUDSON

Luis Horacio Velázquez en su libro «Hudson vuelve» plantea la recuperación de la obra de nuestro genial escritor y naturalista para que ella sea una propiedad efectiva de la Argentina de nuestros días. Será justicia, ya que Hudson, en ediciones inglesas y traducciones, ha llevado las cosas argentinas a los más remotos centros lectores, y por allá saben de nuestro chajá, y del guanaco, y de nuestra leyenda del cacú y del criollazo juego del pato. Velázquez se propone investigar las fuentes históricas de la vida de Hudson, y ojalá que pueda realizar pronto la ardua labor, antes que se pierdan hombres y recuerdos.

Mi tarea enfoca su obra de naturalista, y si allá por 1928 interpreté su psicología como criolla, aún en las palabras que John Galsworthy celebraba como la quintaesencia de la socarronería (para él, británica), su rigurosa mentalidad científica me obliga a un análisis de método antes que de expresión. En ocasión del centenario de su nacimiento (en 1941) respondí públicamente, y más luego en un ensayo como éste, en 1943, a la pregunta de si la obra científica de Hudson es tal o solamente un acierto en un país de ciegos, y, como entonces, sosiego aquí que, verdaderamente, es un hombre de ciencia. Ha sido formado en su disciplina de naturalista por su fidelidad a la misma naturaleza, más que por las escasas lecturas científicas que podía suministrarle su pobre biblioteca rural bonaerense.

Testimonios en libros de biólogos eminentes apoyan sus conclusiones en la autoridad de Hudson, naturalista del campo argentino como son los cinco autores norteamericanos de una obra de ecología reciente (obra y tema de primacía biológica actual) quienes le citan como autor de obra miliar. Su polémica con Darwin, sobre algunas aves de nuestra fauna y sobre el valor efectivo de la selección natural,

es una prueba más de la alcurnia de su capacitación científica, no académica, siendo que Darwin acostumbraba a no contestar las objeciones. Pero esta vez era entre pares...

Dejando, pues, por un momento al naturalista científico, veamos dos ejemplos de su don de observador, y del estilo evocador de quien es un prosista de antología en la literatura inglesa pero testigo fiel de lo argentino. Es la veracidad misma, artísticamente realizada. En el primer relato, un cuento sobre un fondo de tragedia; en el segundo, una tragedia sobre un fondo de creencias tradicionales.

«RALPH HERNE»: LA FIEBRE AMARILLA

Según el sumario bibliográfico puesto por la casa Dent al final de las obras completas de Hudson, «el cuento o historia breve «Ralph Herne» fue publicado en folletín en 1888. Hudson en 1905 lo presentó a un amigo para que lo criticase, considerándolo él mismo como «más bien tedioso y aún chabacano». La «Bibliografía de Hudson» por Wilson (1922), revela que fue publicada en la revista «Youth», un oscuro semanario, y los quince capítulos ocuparon once números hasta marzo de aquel año; es decir, pues, que fue escrita antes que «La tierra purpúrea», y «puede considerarse como el primer trabajo de consideración de W. H. Hudson».

Hudson optó porque fuese editada en libro y así se incluye en sus obras completas, en el tomo encabezado por «El Ombú». Aparte de la viva descripción de los episodios de la epidemia de fiebre amarilla en Buenos Aires, las deficiencias como cuento son evidentes: el diálogo es pesado, las situaciones y los personajes son convencionales. Pero nuestro interés es otro: es el valor testimonial que presenta. Puesto a prueba Hudson, otra vez reconocemos la autenticidad de sus impresiones, la justeza de su observación y su prodigiosa memoria. Ha dicho directamente lo que vió y cómo lo sintió. Jamás pensó que esa vida criolla llegase a ser una cultura donde se lo pudiese juzgar o verificar sus datos. Comienza el relato diciendo que su diario matinal traía la noticia de que se exhibía un óleo «por un joven artista nativo» con el título «Un episodio de la

epidemia». Es evidente que se trata del cuadro más famoso del pintor Juan Manuel Blanes, nacido en el Uruguay hijo de padre español y madre argentina, que residió mucho tiempo en nuestro país. El cuadro mide, efectivamente, 2,30 metros por 1,80 metros. Dice Salterain en su biografía de Blanes, que al principio se llamó «La peste de Buenos Aires», pero luego ha quedado con el título de «Un episodio de la fiebre amarilla». Y cuenta Hudson: «Vista simplemente como una obra de arte —decía el diario— sobrepasa lejos las mejores producciones de artistas nativos hasta ahora exhibidas, y hacía nacer la placentera esperanza que un genio nuevo y poderoso se había por fin levantado en su medio, quien con sus obras borraría para siempre el reproche de que esta ciudad, la más culta de América del Sur, tenía plumas pero no lápices». Además, revivía la reciente tragedia; todos corrían a contemplarlo; recién se lo había expuesto en la calle Diamante, una de las principales. El relator del cuento, que habla en primera persona, por lo cual pasa por ser Hudson, decide ir a verlo. Al entrar en la sala, la encuentra llena de gente. «El cuadro, pintado en una tela de unos ocho pies por seis de tamaño, estaba colgado en el extremo principal de la larga sala, a cuyo medio se había tendido una cuerda roja, y los visitantes estaban obligados a avanzar hacia la figura por un lado de esta línea y retirarse, al salir, por la otra, de modo que nadie podía llegar directamente al mejor lugar, sino que debía esperar pacientemente, avanzando muy despacio hasta alcanzar el frente». Reflexiona, entretanto, que sólo la calamidad reciente explicaba la actitud de los visitantes, en su mayor parte enlutados. Después de veinte minutos, llega. «En el lienzo estaba representado el interior de una pieza en algún barrio muy pobre de la ciudad; las paredes manchadas, cielorraso bajo y polvoriento, el piso embaldosado, mobiliario miserable y escaso, estaban pintados con una fidelidad comparable a la de los mejores pintores flamencos. Dos o tres caballeros estaban parados a la puerta, que recién había sido abierta, dejando entrar una oleada de sol de mediodía, iluminando extrañamente con su resplandor cálido, blanco, inquisitivo, la horrible escena interior. A un lado había una rústica cama o cuja de madera, con un hombre tendido en ella, muerto, su cara ennegrecida por la plaga, torcida en su última mirada de agonía, mientras sus dedos rígidos

retenían aún la colcha. Cerca de la cama, sobre el piso de baldosas y sólo vestida a medias, yacía la esposa muerta, su negra cabellera desparramada sobre las baldosas polvorientas, su piel gris como la ceniza y sus labios quemados a negro con el fuego de la peste, pero con una expresión casi apacible en su cara joven y agraciada. Sentado a su lado en el suelo estaba su hijito, que levanta sus ojos brillantes, inconsciente de la muerte, alarmado ante la súbita intrusión de la luz del sol y las voces de los extraños».

Considerando lo acabado de la descripción es cosa segura que Hudson vió el cuadro de Blanes, y debió ser en Buenos Aires, en la ocasión que dice, y no más luego en Montevideo, cuando su viaje a la República Oriental del Uruguay, viaje sobre el cual carecemos de datos. No es de creer que se lo hubiera reproducido en alguna revista o folleto algo antes de 1888, y que así le llegase. Hay pormenores tan exactos como el de las paredes manchadas que escapan incluso a las buenas reproducciones.

A decir verdad, ciertos puntos menores han fallado a la memoria; son dos los caballeros (se sabe que se trata de los doctores Manuel Argerich y Roque Pérez), pues la tercera figura es la de un muchacho descalzo cuya angustia se pinta en la mirada y en el detalle del pie izquierdo que se apoya contraído sobre el derecho, y, además el nene que en el cuadro, mira a la madre yacente, tironeándole las ropas. Esto mismo confirma que al escribir no tuvo delante una copia; vió el cuadro y años después lo describió de memoria, con su prodigiosa memoria, despertada, como tantas veces lo fué en su vasta obra.

Así, pues, aquí tenemos otro testimonio argentino de Hudson en el revés de «Allá lejos», en Inglaterra, acaso unos quince años después de sucedido, si no lo borroneó aquí, pues a todas estas luces está entre sus «primeras armas», acaso las segundas, en el arte de escribir, arte del relato que dominaría más tarde. Según dice Velázquez, «La confesión del Pelino Viera» es el primer cuento escrito por Hudson: «los borradores y apuntes de «El Ombú» fueron redactados en 1863 en la provincia de Buenos Aires, el año de la gran polvareda».

Explicado el cuadro y el interés dramático que despierta, Hudson cuenta que Ralph Herne, su héroe, es un joven facultativo inglés

que sale de Inglaterra como médico de un barco y prueba destino en Buenos Aires. Ayuda a un médico viejo, y creyéndose ya capacitado, se presenta al examen de reválida. Queda aplazado. Esto, y un amor desgraciado, lo empujan barranca abajo. Cuando está a punto de probar fortuna como médico rural en Fraile Muerto («no son tan exigentes allá como estos hombres de Buenos Aires»), estalla la epidemia de fiebre amarilla en la Capital, y decide que su deber es quedarse. Instala un consultorio en un barrio del sur y se ofrece en una carta punzante al «Presidente del Departamento Médico», donde lo aplazarán. Le contesta en forma muy cortés el secretario: le envía el diploma al «doctor Rodolfo Herne», y lo autoriza a ejercer, ofreciéndole los medicamentos que necesite para los pobres; Herne trabaja incansablemente. Dice Hudson que el «Rey de los Terrores» parecía haber elegido triunfalmente el barrio de Herne para instalar su trono. Todo Buenos Aires estimó que era la zona peor. Elogia nuestro autor reiteradamente y sin reservas a la «Comisión Popular».

Después de un primer amago en enero de 1871, la fiebre amarilla estalla con todos sus horrores, con su máximo en abril, cediendo en junio; deja un total de 14.000 defunciones, y con esto y, la huida de la gente al campo y al extranjero, la ciudad capital, de 200.000 habitantes, queda en 60.000. Las víctimas más señaladas fueron aquellas cuyo trabajo exponía al contagio: 52 médicos y 32 sacerdotes, entre éstos el Padre Fahy, que fuera capellán del almirante Brown; y, a propósito, en otro cuento, Hudson relata su visión del fundador de nuestra armada, ya muy viejo, poco antes de morir, y por ello sabemos que a los 16 años Hudson solía ir a caballo a Buenos Aires, en dos jornadas, desde la estanzuela. Un testimonio argentino más.

Usurparía demasiado espacio aquí el confrontar la descripción de Hudson del Buenos Aires azotado por la epidemia con los datos históricos. Las coincidencias son múltiples. Una, por ejemplo, la crítica del supuesto (o real, no lo sabemos) doctor Herne a los médicos que huyen. «Precisamente —dicen Cútol y Risolia— en esos días trágicos, cuando las principales autoridades del país trataban de huir del país, hasta ciertos médicos decidieron imitarlos.» Es verdad que alguna expresión despechada del médico extranjero no se justifica, pero en lo demás, el elogio de Hudson, o su personaje,

a la acción médica, a la obra desesperada de la Comisión Popular, es franca y entusiasta. A Hudson le contaron todo sus hermanas, pues a la sazón él estaba en el sur.

«LA CONFESIÓN DE PELINO VIERA»

La fortuna ayuda a los tenaces. Esta es mi reflexión ante el episodio donde Velázquez cuenta cómo a fuerza de revisar colecciones en la biblioteca de nuestra Universidad de La Plata, dió impensadamente con un folletín diarístico en «La Nación» de Buenos Aires de la novela de Hudson, traducida a nuestro idioma, «La confesión de Pelino Viera». Velázquez la ha editado en forma facsimilar entre las páginas de su simpático librito «Hudson vuelve». Este folletín sería la primera noticia argentina sobre nuestro gran escritor. Su traductor parece probado que fué don Abel Pardo. La versión es muy buena, con palabras del campo; así, en vez de pastor, puestero; en vez de cráneo, calavera.

El cuento se abre con la declaración de Hudson de que en Inglaterra «la brujería está muerta y enterrada» y si reaparece alguna vez lo hace con un bonito nombre que no produce el horror de antes: «Pero en el país de Pelino Viera es, o era todavía en sus días, la realidad de un poder». Luego de esta dramática aserción continúa diciendo que a medianoche se oyen muy alto en el cielo gritos, agudos, histéricos, llamados «risas de brujas», agregando que la historia que va a contar explicará algo de ello. Alude a los vuelos nocturnos de las brujas hacia el aquelarre, que van riéndose de modo peculiar. Claro está, las «risas de brujas» son unos chillidos que se suelen oír por la noche alto en el aire, y corriendo velozmente, pero que provienen de bandadas de aves, sobre todo de patos y cuacos unos, los siríes, que «silban»; otros, que emiten como una cháchara; aunque más siniestros son los cuac, cuac, como de zorro, de las aves zancudas llamadas cuacos o «brujas del agua», unas garzas nocturnas conocidas en todo el mundo y que entre nosotros son las «tayazúguiras». ¡Cuándo Hudson no habría de inspirarse en las aves para sus cuentos!

Este cuento es de un mozo de la ciudad que va al campo a probar fortuna, se casa con una muchacha preciosa y ésta se revela tiempo

después una hechicera que lo adormece cada vez que ella ha de concurrir a la Salamanca. Con la infidencia de una bruja vieja, una curandera que él soborna, descubre sus secretos y acude también, cubierto de plumas mágicas, provisto de alas, a la Salamanca, en nuestro lejanísimo sur, a la ciudad infernal llamada Trapalanda. Allí, descubierto mientras presencia la ronda de las brujas, huye, hiriendo con su facón a una, que es su mujer, y cuyo cadáver será en su propia casa a la mañana siguiente una acusación; él no sabrá justificarse, y pasará por asesino.

El relato está muy bien construido, y responde al folklore criollo que Hudson conocía de primera mano. Ha sido artista en su creación. No importa que andando los años no parezca muy entusiasta por su cuento. Puede ser por culpa de su rigor de artista. O de los críticos: uno le dijo que solamente un loco pudo escribir eso. Cosas de aquella época literaria. En estos días que corren para nosotros ahí está Aldous Huxley, cumbre literaria e ideológica, si las hubo, hasta por herencia de fama científica, y nos escribe «Los endemoniados de Loudun». El enorme éxito de las novelas de Michael Burt en esa Inglaterra donde «la brujería está muerta y enterrada», ha puesto al día el tema insólito. Cosa singular es confrontar nuestro cuento con «El caso de las trompetas celestiales» de Burt: en contra de la popular leyenda, en ambas las brujas son bellísimas; hay unturas y jugos de plantas, son dos hermanas, y la cruel y cautivadora es voladora nocturna; en suma, la base está en el fondo común del folklore de los pue-blos, no importa cuán separados estén al presente, pues, como dicen Jijena Sánchez y Jacovella en su libro»... no basta que las supersticiones corran entre el pueblo. Necesitan ser tradicionales para constituir folklore». Del fondo tradicional argentino lo tomó Hudson, quien pinta a Pelino queriendo convencer a su confesor, cuyo testimonio lo necesita para persuadir a su lejana y humillada familia; no es el asesino de su esposa, es una víctima de la brujería.

ARGENTINIDAD

Llegando, pues, el final de este ensayo, advirtamos cómo el testimonio de la pluma de Hudson confirma cuanto se ha dicho en favor de la argentinidad, de su pluma, la de «El Ombú». No aquella antihistoria que tuvimos y padecimos, sino la historia viviente de una personalidad en cuanto nación, aun entonces cuando era poca la gente. Pero qué hombres, señor. Una voz, en inglés, lleva nuestra fama allí donde se sepa inglés. En este desbaratado mosaico gentilicio que es el mundo, si, pues, nacen criollos en lugares que se llaman Temperley, Harding Green, Wheelwright, en cambio podrán leer al argentino Hudson en Colorado, Florida, San Francisco, Filipinas.

El desterrado no fué un desarraigado.

SIR JAMES MACKENZIE DAVIDSON UN ARGENTINO DESCUBIERTO POR HUDSON

Muchos años han pasado desde la aparición del libro que, entre todos los de Hudson, no padece edad, tal claro es su presente. Si un día fué esplendorosa la impresión que nos dejó este libro sin par, a la zaga de los días se nos quiere ir, esfumándose perezosamente, el recuerdo. Mas lo salvan las sensaciones diarias de la tierra nuestra, la vista de los pájaros criollos, fieles hasta en la ciudad, una palabra campera oída al acaso, una lectura. Nos estremecen como un hallazgo, pues retornan con las imágenes hudsonianas.

LOS PAGOS DE HUDSON Y DE DAVIDSON

Cualquier argentino, puesto a leer este «Far away and long ago», del cual nada nos es extraño, salvo el título, habrá sufrido con la lentitud que en el relato de Hudson se iban circunscribiendo, con rodeos de atrapador de perdices, los pagos cordiales. En las páginas iniciales, emprendido el relato, habla de las pampas sudamericanas y ya nos situamos. Pinta los ombúes, y casi nos ponemos sentimentales. El ombú, aunque se haya dicho lo mismo en unos versos que ni por viejos mejoran, el ombú es una nota de nuestro paisaje. Como la mente argentina, sin el sosiego de los siglos heredados, carece de la disciplina heráldica, pelagra que la nota cubra el paisaje. El nuestro es el campo en esencia, un puro fondo. Los cardales y las vizcacheras solían repartirse el campo nativo hasta el horizonte, que era el límite

del hombre y no de las plagas. Hoy no podemos verlo por las estancias. Nadie quiere vivir en el campo, nadie se va a pasear al campo, sino a la estancia.

La lectura de las muchas obras de Hudson en que trata de nuestra naturaleza, quizá dejara con un engaño: suponer que Hudson fuese solamente un observador, un naturalista de la naturaleza, pero que, con todo que la ama, no fuese un hombre de la tierra. Podía ser uno de esos andariegos ingleses que han pasado dichosamente por nuestras campañas, como Miers, el botánico, o como ese naturalista Ernest White de cuyo curioso «Cameos from the Silver Land» me ocuparé más luego. El lector de «Muy lejos y antaño» —pues así propongo traducir «Far away and long ago»— no bien ha pasado unas páginas sabe que no es así. El asombro por ese conocimiento cabal de la vida en el campo bonaerense a mitad del siglo pasado es tal que sólo preocupa ver si dice cuál fué su pago nativo. Parece como que nuestro sarcástico desterrado hubiese presentido al averiguador argentino: no dice nada, y, cuando le leemos de nuevo, con desconfianza paisana, se nos antoja que hubiese aventado burlonamente los indicios. Por suerte, el libro de Morley Roberts, las correspondencias publicadas y algunos testimonios indirectos establecen que la estancia donde nació Hudson estaba en tierras de Quilmes, sobre el arroyo Conchitas.

Volvamos, pues, al libro. Hudson lo abre contando cómo durante una enfermedad le volvió vívidamente el recuerdo de su vida argentina, y, cómo, en intervalos, quedándosele la «visión», cuando tenía fuerzas suficientes, se puso a borrar, un día y otro, el relato que allí nos ofrece. Para nosotros, y sobre todo en una primera lectura, toda hecha de impresiones fulgurantes, el libro parece haber sido hecho de un tirón, pues de un tirón se lee. Examinándolo, se encuentran diferencias. Todo lo que es pura y simplemente relato es nuestro, nativo, si no enteramente criollo por cierta aspereza al juzgar los personajes, por una frialdad burlona que no es la picardía de por aquí —maestra en descubrir lo ridículo— es enteramente argentino en ese fervor por las horas soleadas, íntimo como una pereza. Esta fidelidad para con lo genuino se percibe aún en aquellas páginas en donde el sentimiento se exhibe taraceado por la aptitud literaria: allí

donde necesitaba exponer limpiamente para un público cuya mesura aristocrática prefiere lo anguloso a lo relleno. En otro capítulo, bien diferente, Hudson no ha podido con el genio y ha puesto en los sentimientos de un mozo con más sensaciones que exámenes, toda su filosofía de la vida, elaborada en rumias de vejez. Al lector común se le escapa, sobre todo entre nosotros que no tenemos gusto por tales disecciones. Mas quien haya seguido la literatura inglesa en los años pasados o tenga tiempo disponible para perderlo en la lectura de alguno de los filosofadores que sobreviven a sus temas, descubrirá la escoria. Con que Hudson hubiese dejado sin razonar sus sensaciones, su libro sería sin tacha. Es desgracia de su edad: el creador desciende al análisis de sus creaciones. Ya lo he dicho y me permito recordarlo: el Hudson argentino es el mejor. Por sus contaminaciones de la época victoriana inglesa se debilita, y, escarbando en sus recuerdos para encontrar la consolación de Boecio, las flores de estilo que nos ofrece huelen a velorio. El maleficio de sus lecturas favoritas es indudable.

Aparte de tal examen objetivo, su correspondencia nos confirma en esta discriminación de los dos Hudson, el estanciero argentino y el ciudadano londinense. Aquí me limito a un simple esbozo, pues sólo necesito mostrar cuánto trabajó Hudson en su libro y cómo las páginas que más le hicieron sufrir fueron las que dedicó a exponer su filosofía de la vida.

El lugar de su «visión» fue el Hospital de San Miguel, Hayle, Cornwall. Había ido a Lelant a fines de 1915 pensando reponer su salud como huésped de la Rani de Sarawak, pues esta dama de la singular familia de príncipes tenía una grandísima estima por su talento. Empeoró y buscó un lugar donde internarse. El mejor, o el único según él mismo corrige, sin corregirse, era este de San Miguel y allí se fue, refunfuñando todo el tiempo, hasta después de salir, no porque le tratasen samaritanamente, sino porque era un hospital de la parroquia católica. El médico le ordenó reposo para sosegarle el corazón. A los diez días le anuncia Hudson a su viejo amigo Morley Roberts que ya puede escribir algún trabajo, en cama. A principios de marzo de 1.916, había salido de allí. Ni a Roberts ni a Garnett parece haberles escrito una palabra sobre su «visión». Sin embargo,

pueda ser que alguna carta no haya sido publicada. Algo anticipó, pues desde su nueva residencia, le escribió a Roberts el 20 de marzo: «En estos días he estado en correspondencia con un nieto del tirano Rosas, quien leyó un artículo mío sobre mis recuerdos infantiles de Buenos Aires en «The English Review» y le interesaba». Luego le da noticias sobre Manuelita.

Por fin, en una carta de febrero de 1917 le anuncia a Roberts que ha estado tratando de hacer unos pocos capítulos y terminar la historia de su niñez y adolescencia, «y en un capítulo breve que acabo de enviar para que lo escriban a máquina, trato de la emoción animística en la primera infancia, tal como yo la experimenté; y como es un tema que le es familiar a usted, me gustaría que le echase un vistazo, y me sofrenase si digo algo equivocado». Roberts se precipita en el tema. Existe muestra sobrada de sus predilecciones: en su libro sobre Hudson lo ha tratado una y otra vez, pero no le basta y en la edición de las cartas agrega nuevas explicaciones, Es el borbollón de un temático. Hudson contesta: cambiará esto, comprende aquello, recuerda esto otro. Discuten con gravedad de tratadistas. Son hipótesis y el mismísimo Hudson las toma en serio. En la carta siguiente a propósito de otra cuestión, Hudson está nuevamente, felizmente, en lo justo: se burla de la seriedad estirada de algunos hombres de ciencia. Pasa un tiempo más sin referencias a su obra y a fines de junio de 1913 una carta atestigua que está revisando las pruebas del libro.

Algo de este silencio está salvado por las cartas a Edward Garnett. Roberts y Garnett son dos amigos suyos muy diferentes. El hijo del famoso bibliotecario del Museo Británico se muestra más fino conocedor de obras de arte. A principios de diciembre de 1917, Hudson le pide «una línea» a propósito del manuscrito del libro. A mediados del mes, otra carta: admite que los capítulos medios le interesarán más a Garnett en el libro. «Pero el verdadero interés del libro está en el amor hacia la naturaleza y la vida silvestre». Su mérito no está en el retrato humano, dice. Al terminar enero, nueva carta: ya se barruntaba la indicación de que escribiese nuevamente el primer capítulo y quizá uno o dos más. (No es cosa de suspicacia pensar que el fino crítico Garnett, famoso por sus traducciones y

estudio de los grandes escritores rusos, haya apuntado a los capítulos cuyo misticismo caduco, al modo literario infrapagano, amenguan el libro.) Hudson le confiesa que está indeciso sobre la parte final: se ve que, artista, recelaba de su corazón. La historia del viejo gaucho escéptico le tortura, pues no sabe si dejarla o suprimirla. Al final de tantas consultas no sabe qué hacer. «Estoy demasiado enfermo de ese capítulo final para revisarlo de nuevo ahora».

El libro se publica en septiembre de 1918. El éxito es clamoroso. El 22 de octubre Hudson le escribe a Garnett: ha revisado las veinte o treinta columnas que le ha dedicado la prensa y le disgustan, pues no encontró ni un pensamiento. Robert Cunninghame Graham le envía una carta entusiasta de diez a doce páginas y es de imaginarse cuánto podría decirle el «singularísimo escritor inglés» a quien está dedicado, así, en castellano, «El Ombú». Lord Grey, casi ciego, se hacía leer en voz alta el libro de su amigo. De Norte América le llovían cartas. Hasta de Buenos Aires recibió una «de un hombre —dice— a quien conocí cuando muchacho. Eran seis hermanos, era gente rica, y solían visitarnos, tres o cuatro de ellos a la vez, y se venían a caballo desde su casa, que quedaba a unas ocho millas de la nuestra».

EL DESCUBRIMIENTO

En la correspondencia publicada no se comenta una carta que Hudson debió recibir en esos días. Era de un hombre ilustre de Londres, un argentino nativo que había sido creado caballero por S. M. Británica. Se llamaba Sir James Mackenzie-Davidson y era el más grande radiólogo del país. Hudson lo había conocido cuando niño y su carta le reveló que este famoso hombre de ciencia era el dueño de su estancia nativa. Se cartearon, pero por muy poco tiempo, pues Sir James murió el 2 de abril.

Desde Penzance, el 8 de abril de 1919, Hudson le escribe a Roberts preguntándole si alguna vez encontró a «este hombre» o si sabe algo sobre él. La necrología del «Times» —le dice— es también corta. Parecería como que le enviase un recorte de algún diario. Le pide que si ve una noticia completa sobre él en el B. M. J. («British

Medical Journal») o en cualquier otra publicación, le haga el favor de hacérsela conocer. Apenas si al final de la carta y luego en el índice analítico del libro, aparece el nombre de Davidson. «Tengo un curioso interés en él —le escribía Hudson a su amigo— y estuve en correspondencia con él hasta hace unas pocas semanas respecto a «Muy lejos y antaño» que él había estado leyendo. Le conocí cuando niño y como su familia era de «Filisteos» sin adulteración e iletrados, más bien no los queríamos, aunque se estaban haciendo muy ricos y agregaban millas de tierra a su estancia, que corría lado a lado con el campo de mi padre. Por cierto que cuando nuestra familia empobrecida se desparramó y yo me vine, el padre de este hombre aprovechó la oportunidad para comprar nuestro campo, y este hijo heredó la estancia íntegra cuando murió el viejo, pero aunque allá era un hombre rico, parece que hizo su vida aquí con su trabajo como médico y sus investigaciones. Me dijo cuando me escribió la última vez, que hacía muchísimo tiempo que no visitaba su propiedad. Dicho sea de paso: «su» estancia, la casa en donde nació, era el monasterio de Santo Domingo de que hablo en «El Ombú», en donde vivían los monjes que siguieron al ejército británico para recoger cobijas. Ese río era el llamado Conchitas que dividía la estancia de Davidson de la nuestra. Me disculpo por molestarle por cosas tan triviales». Si Morley Roberts las creyó triviales y no contestó, o si se perdieron las cartas con los comentarios ulteriores, o sobre cual sea la causa del silencio, nada sabemos.

La vida de Davidson no era una vida trivial. Que Roberts no anote nada, él, tan cuidadoso, es raro. Debió saber algo de nuestro hombre, puesto que ambos publicaban en los «Archives of Radiology». Que Hudson llamase trivialidades a esas noticias es casi una prueba de lo mucho que le afectaban: sabemos muy bien cuán grande era su celo, en la vejez, por ocultar cualquier muestra de debilidad. ¿Cómo podían ser triviales las noticias sobre ese hombre que, a la vuelta de los años, había venido a heredar la estancia que él había descripto con amor enardecido? Ha buscado, como buenamente pude, algunas noticias sobre este nuevo gran hijo de Quilmes. Los datos que ofrezco han sido tomados de las siguientes revistas: «The Lancet» (abril 12, 1919); «Archives of Radiology and Electrotherapy» (abril, 1919); «British Medical Journal» (abril

12, 1919); y «The American Journal of Roentgenology» (julio, 1919). Me disculpo desde luego porque suprimo la descripción y elogio de algunos aparatos inventados por Davidson a que hacen referencia: estarían fuera de lugar aquí.

Sir James Mackenzie-Davidson nació en la estancia Santo Domingo, en 1856. Se educó en la «Scottish School» (Escuela Escocesa) de Buenos Aires. Estudió medicina en Edimburgo, Londres y Aberdeen, y se graduó en esta última Universidad en 1882, dedicándose a oculista. Obtuvo ser asistente del profesor de cirugía, Sir Alexander Ogston, con lo cual se inició su experiencia didáctica. En 1886 es cirujano oftálmico de la Enfermería Real de Aberdeen, teniendo el mismo cargo en el Hospital Real de Niños. Entretanto, era profesor de oftalmología en la Universidad de Aberdeen con grande éxito, pues quienes le conocieron afirman que era un maestro nato por sus dotes de conferencista y su interés inteligente en los estudiantes: hizo muchos discípulos. Aumentó su fama el hecho de haber aplicado a su trabajo de especialista los métodos de asepsia recién descubiertos. Inclinado a los estudios de física, experimentó continuamente, sobre todo en óptica y electricidad. Así preparado por sus estudios, al enterarse de la publicación del trabajo de Roentgen en 1896, adivinó cuánto serviría en medicina y cirugía, y le hizo una visita al descubridor, en Wuerzburg. En seguida se dedicó al nuevo estudio, conseguidos, tras grandes dificultades, unos pobres elementos, entre ellos dos tubos Crookes.

Fue así el primero que publicó la fotografía radiográfica de un cálculo de la vejiga, en 1897. Su vocación le movió a dejar Aberdeen, ya insuficiente, por la óptima Londres. Fue su gran acierto. Los inventos vinieron unos después de otros. En 1900 en la «Roentgen Society» describió un nuevo interruptor rotatorio a mercurio que llegó a un uso casi universal y es conocido por su nombre. En la misma reunión describió un nuevo aparato: un estereoscopio fluoroscópico y llamó la atención sobre su posible empleo en los métodos para examen de los pacientes. Ya en febrero de 1898, en la misma sociedad, había descrito su «localizador a hilos cruzados», primer instrumento que permitió la localización radioscópica de cuerpos extraños en el organismo. De sus investigaciones radiológicas la que más le interesaba era la estereo-radioscopia y tan grande era su

fe en sus ventajas; que casi todos los exámenes que practicaba eran realizados con placas estereoscópicas. Muy en los comienzos de sus trabajos planeó todo el conjunto de un aparato de rayos X diseñado especialmente para la localización «a hilos» y su último invento fue un nuevo dispositivo localizador ideado específicamente para la cirugía de guerra. Fue también uno de los primeros en trabajar con *radium* y fue él quien señaló cómo algunas formas de dermatitis por rayos se mejoraban con el tratamiento por *radium*.

En 1916 fué nombrado radiólogo consultor, honorario, para los hospitales del distrito de Londres, y se dedicó a ellos con pasión. Era cirujano consejero para la sección de rayos X en el Real Hospital Oftalmológico de Londres y del Hospital de «Charing Cross». En 1912-1913, fue presidente de la «Roentgen Society of London» y de la sección Radiológica del Congreso Internacional de Medicina de Londres. Era uno de los escasísimos miembros honorarios de la American Roentgen Ray Society. Como reconocimiento a sus grandes méritos fué creado caballero en 1912, de ahí el título de Sir. Uno de sus sucesores en la presidencia de la Roentgen Society al ocuparse de él en una nota necrológica, insiste en que las características de Mackenzie-Davidson eran la agudeza de su inteligencia y la tenacidad con que experimentó e inventó hasta el último día. Las revistas que digo traen testimonios entusiastas de varios discípulos y continuadores. Los rayos X le dañaron y tras de sufrir varios años una dermatitis tuvo que hacerse operar repetidas veces la mano derecha, pero no quiso abandonar sus investigaciones. A su muerte, sus amigos resolvieron hacer un llamamiento a los profesionales y al público para la erección de una cátedra que llevase su nombre. El comité incluía los nombres de personalidades por demás conocidas: J. J. Thompson, A. Bonar Law, Stanley Baldwin.

Curioso caso el de que en esos campos escasamente poblados a ambas márgenes del río Conchitas, en las estancias vecinas llamadas «Los 25 Ombúes» y «Santo Domingo», nacieran dos argen tinos famosos, hijo el uno de norteamericanos, el otro, según creo, de escoceses. Si son exactas las fechas publicadas, Hudson le llevaba a Davidson quince años. Por eso dice que era niño cuando le conoció. De viejos se cartearon, pero sin llegar a tratarse. Hudson debía sentir

un recelo invencible hacia «este hombre», no solamente porque fuese un especialista científico, tipo de mentalidad que le disgustaba, sino porque provenía de una familia de «filisteos». En castellano carecemos de esta expresión usual inglesa, y remotamente alemana, de filisteo. Matthew Arnold., en su ensayo sobre Heine, define al filisteo como el enemigo obtuso, fuerte, obstinado, de la gente elegida, de los hijos de la luz. En Hudson la tal palabra no tiene esa virulencia, pues, cotidiana, se atenúa con el uso. No es únicamente a los Davidson a quienes se la asesta: la carta recibida de Buenos Aires cuando publicó su libro le recuerda a esos vecinos que eran «filisteos» y no parece que se trate de los Davidson sino de otros: «Gente de recursos —dice— que no tenía interés en cosas del espíritu sino en los pesos». Quizá Hudson concibiese que también un sabio podía ser un filisteo: no sería el menos corrosivo de sus juicios.

A la verdad, Mackenzie-Davidson era más grande hombre que rico. La herencia de veinticuatro mil libras, que dejó, no era tan subida para un propietario inglés.

EMILIANO J. MAC DONAGH

FRANCISCO P. MORENO, GRAN GEÓGRAFO ARGENTINO
Y SU PERITAJE ANTE EL CORONEL THOMAS H. HOLDICH
COMISIONADO DEL ARBITRO BRITÁNICO

Francisco P. Moreno nació en Buenos Aires el 31 de mayo de 1852 y murió en la misma ciudad el 22 de noviembre de 1919. Recuperó para su patria inmensas extensiones disputadas en las cuestiones de límites, pero además le dio a ella el prestigio científico internacional, primero con la fundación y desarrollo vertiginoso del Museo de La Plata, base de sus exploraciones, segundo, que le asistió la razón científica en su alegato en defensa de los derechos argentinos en la frontera y su interior.

Este hombre, tan argentino como el que más, ha realizado en 67 años de vida (a los 12 coleccionaba fósiles), en la acción, la organización y en el pensamiento escrito, una obra tan gigantesca, que explica y justifica la amargura de sus años finales, como él mismo lo señala: «No puedo dormir, pensando en lo que hay que hacer para la mayor grandeza y defensa del país, y mi falta de fuerzas, de recursos y de vida para hacerlo comprender en esta capital tan extranjera para los nativos» (octubre de 1918, transcripto en «El Monitor de la Educación Común»).

Un gran hombre que quiere «servir» («...es más duro vivir sin servir...», dice) y un país que parece adormecido en esas décadas, apenas avivado fugazmente con la celebración del Centenario de

Mayo, Moreno va quedando solo. Moreno ha ensanchado el país con su acción patriótica sobre la lejana frontera y con la persuasión de su prédica, y quiere agrandarlo en los hijos del país, formándolos más dignos de la grandeza nacional. Pocos le escuchan. Ha sido un predecesor solitario, un avanzado de la conquista del desierto, pasando aventuras y salvándose de peligros iguales a los de los Conquistadores, algunos de ellos en el camino de la Ciudad de los Césares, pero, ya retirado, sin hablar de sí mismo sino de las penurias, dirá en sus nobles «Reminiscencias», salvadas por su hijo don Eduardo, palabras ejemplares: «Hoy, el hombre ignorante de ese pasado, sin las pesadillas propias de aquel ambiente, siembra oro en toda esa vasta extensión, una de las primeras del globo, como «tierra de pan llevar». Precisamente este pensamiento sobre la tierra del trigo, le mueve a dirigirse al ministro de Agricultura, muchos años después, en 1917, precisamente, para advertirle del grave peligro en que está la Argentina de quedarse estancada en su prosperidad ante el avance de las otras naciones en la producción de aquellas mismas riquezas agrícolas y ganaderas que por un tiempo han constituido nuestra fuerza, pero de las cuales no puede esperarse más si hemos de seguir en un crecimiento meramente rutinario. Denuncia que no administramos bien nuestro suelo, que no vigilamos nuestra producción, que es preciso estudiar «el suelo y sus aguas, siempre bajo el punto de vista técnico, quedando a cargo de subsecciones lo administrativo»; además, cita ejemplos como «buscando el medio de manejar nuestros recursos naturales sin gastarlos»..., «tendremos los elementos de riqueza que salven a la República de sus dificultades presentes», y vuelve a recomendar lo que dijera en carta anterior: «la conveniencia de suspender toda concesión de carbón y petróleo», y «Cuidado con los acaparamientos con miras comerciales y políticas. Declaremos también propiedad nacional el combustible blanco, el torrente, la cascada y sobre todo, estudiemos la tierra como lo manda el sentido común, cambiando las leyes y los métodos anticientíficos actuales». Bien podía predicarlo él, promotor de la explotación y de la investigación científica, puntero en la Patagonia, fundador del Museo de La Plata.

Es confortante que el país pueda considerar las realidades y vivir con ellas mientras en él fueron ensueños, de vigilia, cierto es,

como las brillazones en las soledades pampeanas que tanto anduviera, pero que iban camino de frustrarse. Lo vemos y nos parece natural, pero pudimos haberlo perdido.

El carbón del Río Turbio, que podrá alimentar la industria argentina en su máximo por más de un siglo, cuando para entonces habrá otras fuentes de energía, ese yacimiento situado cerca del más extremo suroeste de la Patagonia, a cosa de sólo 28 kilómetros de un brazo del Océano Pacífico, cuyos aires se perciben desde sus lomas, descubierto en 1887 y mirado después como tema de monografía para sabios, hoy explotado y en atisbo de emporio, está en tierra argentina indiscutible por un arbitraje inobjetable, gracias a la ciencia geográfica realista y no libresca de este gran argentino.

Fue un autodidacto pero quiso sinceramente sujetarse a una enseñanza, pero marchó a Francia donde comenzó a asistir a cursos regulares, pero como cuenta Ernesto Quesada, descubierto Mo renó por Broca, tuvo que lanzarse al mundo de la producción científica, reclamado por las sociedades sabias. Sin embargo, una cualidad fundamental remediaba las fallas que pudieran mostrarse en su formación: era su humildad realista, esa misma que lo llevó, después de publicar su *Viaje a la Patagonia*, a irse de incógnito de Buenos Aires a París para aprender, porque sentía que intelectualmente lo necesitaba, pero ya tenía en sí, en lo hondo de su espíritu, la marca del verdadero hombre de ciencia, cuya inteligencia aprende de la naturaleza, diferente del hombre de libros sobre la naturaleza, quien se forja un mundo supuesto al cual acomoda a sus prejuicios, sus rutinas, y las otras formas de la ignorancia.

Contra ellos lucha Moreno, geógrafo de la tierra real, con sus bellezas y sus durezas, con sus indiadas sabedoras de los secretos de sus pasos transcordilleranos que no revelarían al explorador, con sus caciques como Shaihueque, de quien dirá Moreno que sólo a sus antepasados atribuía el cacique o «Gran Cabeza» la pertenencia «de los animales silvestres, y el pasto de los campos y la plata de las montañas» y que «defendía su patria». «Se creía dueño de su tierra por derecho divino»; esta realidad, pues, chocó impetuosamente contra la geografía de gabinete, de mapas viejos y cancillería, contra los hábitos cómodos y el dejarse estar en la gran aldea. Moreno triunfó. Pero antes lo había sentido en lo íntimo, y lo dice en sus

Reminiscencias: «Los fáciles goces materiales nos han hecho olvidar... nuestros deberes para con la patria...». Es de su madurez esta reflexión terrible: «...las generaciones venideras han de pedir cuenta a la presente de lo que fué argentino y que hoy ya no lo es, y, entonces, caerán estatuas y otras honras...». Su ciencia era la de un patriota de ojos abiertos que fué a los mismos lugares de la disputa de frontera para ver cómo era la verdad de las tierras y no la geografía física en los manuales. La famosa cuestión de que la línea de fronteras pa-sará por las cumbres más elevadas que dividan las aguas, con el agregado que pasará por entre las vertientes que se desprenden a un lado y a otro, como establecía el tratado de 1881, era clara en teoría. Pero Moreno demostró hasta con un famoso experimento sobre el curso de un río en la Patagonia cuánto más complejo lo presentaba la madre tierra. El árbitro final, el coronel británico Holdich, en 1902, después de terminada la disputa de las fronteras, le escribió a Moreno una carta en donde le decía: «He dicho muchas veces que todo cuanto el Gobierno Argentino gane al Oeste de la División continental de las aguas será enteramente debido a usted». En su calidad de Perito argentino mientras estaba en Londres para asesorar respecto del arbitraje, dió en 1899 una conferencia en la Real Sociedad de Geografía, pasando y explicando 65 proyecciones fotográficas «espléndidas», que suponemos de Carlos Bruch, mientras el texto lo leyó el secretario honorario de la Sociedad, el mayor Darwin, hijo de Charles Darwin, quien tantos recuerdos dejó de la Patagonia y cuyos estudios de naturalista citara tantas veces Moreno. La tribuna era la más alta de aquella época y el honor corría parejo con las ganancias en prestigio para la ciencia argentina. Todavía somos beneficiarios de esa nombradía.

El gobierno argentino recompensó al Perito Moreno, por ley n° 41.92, con una extensión de campos fiscales en el Neuquén o al sur del Río Negro, según prefiriese, por servicios prestados con anterioridad a aquel cargo; el doctor Moreno, nunca más legítimamente el magnánimo «Pancho» Moreno, los donó a la Nación para constituir allí un parque nacional, ya que la ley «me permite (dice) hacerme dueño de paisajes que, en días ya lejanos me hicieron entrever la grandeza futura de tierras entonces ignoradas que nos eran dispu-

tadas, pero que su conocimiento ha hecho argentinas para siempre...». Así nació esta estupenda realización argentina que son los Parques Nacionales.

No dejemos pasar esta palabra de Moreno que es, al correr de la frase, una síntesis no buscada de su obra práctica de hombre de ciencia: El conocimiento ha hecho argentinas aquellas tierras. Es decir, la posesión intelectual es una avanzada de la soberanía. ¿Es acaso otro el guión argentino en el mar argentino y en la Antártida? Hemos mantenido con todo sacrificio el observatorio científico de las Islas Orcadas, que ha sido una guarnición civil más eficaz que si fuese una fortaleza al modo antiguo, porque es inexpugnable a fuer de indefensa y porque todo el mundo científico la necesita. Estamos dotando de otros tantos a los lugares científicamente elegidos de las islas y de la Península Antártica, a la cual vamos conociendo en cada uno de los dominios de las ciencias, desde las algas microscópicas, primeras en la cadena de la nutrición, hasta las modalidades fisiológicas de la adaptación del hombre a aquellas condiciones de vida en todo el ciclo del año, pues hay argentinos que allí pasan todo el oscuro invierno, legítimos seguidores de Pancho Moreno y sus sacrificios. En el Museo de La Plata, fundado por Moreno, estuvo exhibida la más completa colección de rocas y minerales antárticos que se conozca, traídas por diversas expediciones argentinas, y unos regalos de Bruce y de Shackleton; por cierto que este noble explorador obsequió a Moreno con una fotografía dedicada melancólicamente: el final desastroso de su expedición entre los hielos.

El Museo de La Plata corporiza el ideal científico de Moreno y es un estimonio accesible, completo, inagotable, de su energía, su tenacidad, su visión, y también de cómo este hombre supo transmitir a sus contemporáneos su entusiasmo por una obra que parecía absurdamente adelantada a su tiempo. Considérese que él inició como museo particular en una casa de Buenos Aires y luego en un galpón en la quinta paterna, la colección de antropología, arqueología, paleontología y otras disciplinas, aumentada fabulosamente con su expedición a la Patagonia en 1875, cuando la indiada dominaba los caminos, al punto que él se salvara providencialmente en Bahía Blanca de caer en las manos de los malo-queros. La erección del maravilloso edificio del Museo en el Bosque de La Plata, un

modelo de belleza arquitectónica, un triunfo de la inteligencia en cuanto a planeo científico, se realizaba a tiempo de la pacificación nacional, con el traslado de la capital de la provincia a la nueva, novísima ciudad creada sobre una pampa rasa, y, como quien dice, al retorno de la expedición al desierto, la conquista de las vías patagónicas, y no ya la entrega de los caciques que fueron sus amigos y enemigos y «compadres» como Shayhueque, sino el fiero enemigo: Namuncurá. Todos ellos serían de inmediato el gran tema científico. Otra vez, pues, la conquista por el conocimiento.

¿Cuánto hemos conquistado en la República gracias al conocimiento que nos ha dado esa primera célula científica, esa semilla en vertiginosa cariocinesis, plantada por Moreno? Dejemos de lado historias de personas que no coincidieron con él en aquellos tiempos de fuertes personalidades; olvidemos como él la disidencia por la nacionalización del Museo y su incorporación a una universidad nacional, y su consiguiente pérdida del fundador, quien se alejó con las nobles palabras recogidas por Quesada. Entonces fue erigida en Facultad de Ciencias Naturales, incluyendo las ciencias Químicas y las Geográficas, que más tarde fueron separadas para nuevas creaciones; pero años después se restituyó la Facultad de Ciencias Naturales.

La cuestión de límites entre la Argentina y Chile venía discutiéndose desde muchos años, hasta que en 1881, el ministro de Relaciones Exteriores doctor Bernardo de Irigoyen, «cansado de tanta discusión inútil (dice Aquiles D. Ygobone en su extensa biografía de Moreno) y viendo que no se llegaba a ninguna conclusión en qué fundar un arreglo definitivo de la ardua cuestión, dirige sus miradas al único hombre capaz de resolver el problema que como nadie conocía, ya que había recorrido y explorado de punta a punta las regiones bajo litigio: Francisco P. Moreno, el primer viajero científico de nuestro suelo patrio, y que dos años antes había expresado estas proféticas palabras: «Discutimos (con Chile) hace tiempo las tierras australes sin conocerlas; hablamos de límites en la Cordillera, punto de separación de las aguas, y aún no sabemos qué dirección sigue ni dónde concluye, y si puede servir de límite natural o no, en las regiones inmediatas al Estrecho de Magallanes... Hácese, pues, necesario, que sepamos con seguridad con qué

elementos puede contribuir la Patagonia a la prosperidad de la República y esto sólo se puede conseguir conociendo su geografía y sus productos naturales». Moreno, que ya había explorado aquel territorio, llegando tanto a Santa Cruz como al Nahuel Huapi, y de regreso de Europa, donde había perfeccionado sus estudios, recibió del gobierno el encargo de preparar un mapa de la Patagonia y un informe detallado sobre la cuestión de los límites, tareas que realizó con tanto entusiasmo como ciencia, apelando a sus notas de explorador, sus recuerdos fidelísimos, y a la compulsa de cuanto documento le fuera accesible.

En 1856 se había firmado un tratado provisorio entre ambos países en que se reconocían los límites de 1810, «al tiempo de separarse de la dominación española» y previendo que «en caso de no arribar a un completo arreglo, someter la decisión al arbitraje de una nación amiga». Como siguieran las discusiones, en 1881, gracias a la mediación ofrecida por los Estados Unidos, se firma un tratado según el cual «El límite de la República Argentina y Chile, es, de Norte a Sur, hasta el paralelo 52° de latitud, la Cordillera de los Andes. La línea fronteriza correrá en esa extensión por las cumbres más elevadas de dicha Cordillera que dividan las aguas y pasará por entre las vertientes que se desprenden a un lado y otro». Luego siguen los otros puntos más concretos, pero aquel artículo primero contenía el principio sobre el cual se mantuvo firme el doctor Moreno, como Perito por la parte argentina. El perito chileno, Barros Arana, sostuvo que la línea debía correr por la divisoria de aguas, el «divortium aquarum», aunque no fuese por las altas cumbres. Después de muchas gestiones, incluso de una entrevista entre ambos presidentes en el Estrecho y de una reunión de notables en Buenos Aires, se somete al arbitraje de S. M. Británica, que en este caso era la Reina Victoria como lo fue después con Eduardo VII. Después de varias alternativas, Moreno quedó como perito y asesor del ministro argentino en Londres, realizando los viajes necesarios. El gobierno británico, por la Reina, que era el árbitro, designó al coronel Sir Thomas Hungerford Holdich, bien conocido como geógrafo y explorador, comisionado para reconocer sobre el terreno las dificultades e informar al tribunal arbitral. En el fondo, era la tesis

de Moreno, reiteradamente expresada, como que en una carta, en 1895, cuando era director del Museo de La Plata, le decía al doctor Magnasco: «Usted no le da a la geografía ni a los naturalistas la importancia que tienen en esta cuestión. Todo lo que pasa, resulta de la falta de datos. Usted lo reconoce en todas partes. Creo que podré demostrar el derecho argentino, basado en la orografía y en la geología, con tanta claridad, que hasta los chilenos lo reconocerán». En verdad, Magnasco había sido muy comprensivo con él. Del comisionado británico dice acertadamente Ygobone que su «nombre quedará en adelante, ligado para siempre a nuestro país por los lazos indestructibles que suelen crear la simpatía y la buena voluntad. Este hombre eminente –que entre nosotros se conoció mejor con el nombre de coronel Holdich– era de arrogante prestancia y llevaba con dignidad y sencillez a la vez los blasones de su noble prosapia. Distingúale en alto grado la discreción y parquedad, condiciones éstas que unidas a las muy estimables de imparcialidad y rectitud de criterio, facilitaron grandemente su misión de árbitro». Desembarcado en nuestro país, se traslada con las comisiones argentinas (ésta con Moreno) y chilena, a la Cordillera y recorren la enorme distancia que va desde el lago Lacar hasta el seno del última Esperanza, y lo realizan en sólo tres meses. Reconocido así el territorio en litigio, el coronel Holdich regresa a Buenos Aires y de aquí va a Londres para presentar el informe geográfico al Tribunal de Arbitraje. Moreno también va a Londres, a ayudar pero también a vigilar que los gabinetes no modifiquen los resultados. Por él se obtiene una decisión de que se nombre una Comisión especial que el árbitro encargue de verificar sobre el terreno «los deslindes que establezca su sentencia». El mismo coronel Holdich es designado nuevamente, con sus ayudantes, los capitanes británicos R. S. Dickson, R. E. Thompson, R. E. Robertson y R. E. Crosthwait, que luego son acompañados en sus cuatro sectores por topógrafos y otros ayudantes argentinos y chilenos. El Alto Tribunal, presidido por Lord Mac Naughtam, elevó las conclusiones y el arbitraje fué firmado por el Rey Eduardo VII el 20 de noviembre de 1902. El doctor Moreno, quien viaja con la comisión en diversas partes, ha merecido del coronel Holdich, al Ministerio Británico, este juicio: «No puedo expresar suficientemente mi reconocimiento al doctor Francisco P. Moreno por la energía y

habilidad con que dirigió los preparativos para la demarcación en regiones remotas y difíciles». El laudo reconocía a la Argentina nada menos que cuarenta y dos mil kilómetros cuadrados que la parte litigante reclamaba; la tesis de Moreno «de las altas cumbres» quedó confirmada, y, aceptado el fallo, en un homenaje a Moreno en el Parque Lezama en 1903, el mismo coronel Holdich, finalizada su actuación de árbitro y verificador de los hitos, declaró lo siguiente: «La demostración al pesito argentino no podrá ser más justificada. El doctor Moreno ha desplegado en la defensa del derecho de la República Argentina todas las facultades notables que posee: la actividad mental y física, sus vastos conocimientos científicos, la práctica de la Cordillera que conoce como pocos, un ardor y un patriotismo que le dan derecho a la gratitud de sus conciudadanos». En una carta le decía: «Muchas veces he dicho que todo lo que el gobierno argentino (aclaremos: la Nación) obtuvo al oeste de la división de las aguas se debe exclusivamente a usted». Y en otra oportunidad: «Moreno, enteramente argentino en sus convicciones... fué sin embargo antes que todo, hombre de ciencia, y jamás perdió el tiempo en controversias...». Cuando las Cámaras de la Nación premiaron la labor de tantos años de exploración y estudios científicos de Moreno donándole una extensión de tierras, eliminaron la referencia a la cuestión limítrofe, en espíritu de pacificación, y es sabido cómo el doctor Moreno donó a la Nación de eso que era suyo, por premio honorable, lo que hoy es el Parque Nacional de Nahuel Huapi y sobre cuyo modelo se han constituido después de otros Parques Nacionales, porque su lección fue aprendida por la posteridad.

ÍNDICE

	PAGS.
INTRODUCCIÓN	9
Charles Darwin en su viaje argentino	41
Guillermo Enrique Hudson, Naturalista y Escritor argentino	68
Sir James Mackenzie Davidson, un argentino descubierto por Hudson	77
Francisco P. Moreno, gran Geógrafo argentino y su peritaje ante el Coronel Thomas H. Holdich, Comisionado del Árbitro Británico	87
índice	89
Colofón	91

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN ARTES GRÁFICAS
BARTOLOME U. CHIESINO, S. A.
AMEGHINO 838 - AVELLANEDA BUENOS AIRES
EL DÍA 23 DE AGOSTO DE 1960.

Versión electrónica
realizada por Claudio della Croce
La Plata, Enero de 2007
